

BOLETÍN OFICIAL

Obispado de Lugo

Año CXLVIII - N° 2

Maio-Agosto 2020

Edita

Obispado de Lugo

Maquetación e impresión

La Voz de la Verdad

Depósito Legal

LU 8-1958

Sumario



IGLESIA DIOCESANA

Del Sr. Obispo

- 391 | Prioridad del Trabajo. 1 de mayo de 2020
- 394 | Prioridade do Traballo. 1 de maio de 2020
- 397 | Pascua del enfermo 2020
- 401 | Pascua do enfermo 2020
- 405 | Carta sobre el Fondo Diocesano SEMPRE XUNTOS
- 408 | El poder de cada persona. Cada gesto cuenta. Día de la Caridad 2020
- 412 | O poder de cada persoa. Cada xesto conta. Día da Caridade 2020
- 416 | Homilía en resposta a la Ofrenda del Antigo Reino de Galicia al Santísimo Sacramento
- 420 | Homilía en resposta á Ofrenda do Antigo Reino de Galicia ao Santísimo Sacramento
- 424 | La asignatura de Religión Católica
- 426 | Entrevista en *Religión y Escuela*
- 432 | Cuestionario para Alfa & Omega
- 434 | Pensando en lo vivido como Iglesia en tiempos de covid-19
- 447 | Pensando no vivido como Igrexa en tempos de covid-19

Secretaría General

- 459 | Nombramientos
- 462 | Defunciones

Información Diocesana

- 463 | Necrológicas
- 466 | Noticias varias

PROVINCIA ECLESIASTICA DE SANTIAGO

- 485 | Nota pastoral dos Bispos da Provincia eclesiástica de Santiago de Compostela sobre a participación na Eucaristía dominical

CONFERENCIA EPISCOPAL

- 491 | Nota de prensa de la Comisión Permanente de la Conferencia Episcopal Española

SANTA SEDE

- 499 | Carta do Santo Padre Francisco a todos os fieis para o mes de maio de 2020



- Prioridad del Trabajo. 1 de mayo de 2020
- Prioridade do Trabalho. 1 de maio de 2020
- Pascua del enfermo 2020
- Pascua do enfermo 2020
- Carta sobre el Fondo Diocesano SEMPRE XUNTOS
- El poder de cada persona. Cada gesto cuenta. Día de la Caridad 2020
- O poder de cada persoa. Cada xesto conta. Día da Caridade 2020
- Homilía en resposta a la Ofrenda del Antiguo Reino de Galicia al Santísimo Sacramento
- Homilía en resposta á Ofrenda do Antigo Reino de Galicia ao Santísimo Sacramento
- La asignatura de Religión Católica
- Entrevista en *Religión y Escuela*
- Cuestionario para *Alfa & Omega*
- Pensando en lo vivido como Iglesia en tiempos de covid-19
- Pensando no vivido como Igrexa en tempos de covid-19
- Nombramientos
- Defunciones
- Necrológicas
- Noticias varias

Prioridad del Trabajo

1 de mayo de 2020

Celebramos este año el día 1 de mayo, día de S. José Obrero y «Día internacional de los trabajadores», en unas circunstancias extraordinarias debidas a la pandemia provocada por el virus Covid-19, que han hecho resaltar ante nuestros ojos muy evidentemente el significado mismo del trabajo.

El confinamiento general ha paralizado la actividad de la mayor parte de nuestra sociedad. Con esta ocasión, se ha hecho muy visible la necesidad de integrar en nuestra existencia las nuevas tecnologías, simbolizadas por el teletrabajo, con sus riesgos también de relativización de los espacios de la vida privada y familiar. Pero, sobre todo, hemos podido apreciar la importancia inmensa del trabajo, por ejemplo de todo el personal del mundo sanitario, de los servicios de limpieza, de las fuerzas del orden, de quienes hacen posible la industria y la distribución agroalimentarias, el transporte, las telecomunicaciones, el periodismo, sin olvidar las tareas políticas o legales, etc.

Durante este tiempo hemos podido contemplar el espectáculo impresionante del trabajo de tantos y percibir el bien que procura a la sociedad; más aún, su imbricación íntima con la vida, la del propio trabajador, la de su familia y la de todos. Se nos hace patente así que no es posible minusvalorar el significado del trabajo. De ninguna manera es reducible a producto mercantil, a

objeto de compra y venta en el mercado o a cifra estadística. El trabajo es una expresión elemental de nuestro existir como persona, es constitutivo de nuestro ser social.

Pero en este tiempo de confinamiento vemos también el riesgo inmenso que corre el trabajo en nuestro país, al paralizarse buena parte de la vida económica.

Hemos de poner todos los medios para sostener a las personas que en estas circunstancias se encuentran sin trabajo, así como la subsistencia de sus familias. Pero ello es siempre sólo una solución momentánea e incomparable con lo verdaderamente bueno para la persona y la sociedad: el trabajo.

Hoy es una urgencia primera responder con agilidad a las necesidades en que se encuentra quien ha perdido los ingresos necesarios para vivir, que no podrían esperar muchas semanas por una respuesta. Pero igualmente los mayores esfuerzos serán pocos, para hacer posible que el trabajo se retome, vuelva a ocupar su puesto central en la vida personal, familiar y social.

El significado del trabajo para la construcción de la persona y del bien común —su valor moral—, es tan elevado, que ha de reconocérsele por todos una verdadera prioridad en estas circunstancias que vivimos. No deben prevalecer ahora otras consideraciones, la utilización de esta dramática situación personal y social para lograr otras finalidades socio-políticas.

Los esfuerzos, los sacrificios, los recursos de nuestra sociedad deben ponerse al servicio de restaurar la dinámica del trabajo, como un bien esencial —y, por eso, un derecho— para la libertad y la vida de todos.

La Doctrina social de la Iglesia ha enseñado con claridad la vinculación intrínseca del trabajo con la dignidad, con la realización de la persona, con su asunción de responsabilidades familiares y sociales, con su cooperación con los demás en la consecución del bien común. Y ha insistido, por tanto, en el concepto de «trabajo digno»; es decir, de la dignidad que deben tener las condiciones

del trabajo para corresponder al ser persona del trabajador, responsable de sí, de su familia y también de la sociedad.

En estas circunstancias, me parece que la atención debe dirigirse a lo más fundamental, que puede estar puesto en cuestión, al bien primero que es el trabajo mismo, que corre el riesgo de destrucción para tantísimas personas, poniendo en graves dificultades su existencia y la de nuestra sociedad.

El trabajo ha hecho posible la herencia recibida de nuestros padres, de las generaciones precedentes: nuestra educación misma, el cuidado de nuestra salud, la construcción de nuestras casas, los negocios familiares y las empresas grandes crecidas gracias a la obra de muchos, las estructuras jurídicas, políticas o de seguridad de que gozamos, etc.

Es el tesoro del trabajo humano, como percibimos con especial claridad en las circunstancias que vivimos, nunca reducible a las solas cifras que lo miden o a puro movimiento financiero.

La prioridad del trabajo no es sin más la del dinero, ni la de los solos intereses individualistas; se corresponde con el bien del conjunto de nuestra sociedad. Por eso, la dignidad peculiar del trabajo significará al mismo tiempo no manipular nunca las necesidades del pobre, no aprovechar para abusos e injusticias; y no abandonar tampoco a quien no tiene trabajo, a quien no puede sostener su casa y su vida. El trabajo es fuente de solidaridad, es quien hace posibles las diversas formas de asistencia de la sociedad a quien lo necesita.

Que las circunstancias tristes que vivimos, que la pérdida a veces de seres queridos, nos ayude a apreciar de nuevo lo que verdaderamente importa en la vida, entre lo que se encuentra también, sin duda alguna, el significado del trabajo. En él puede expresarse bien lo mejor de la persona humana, que será también así, trabajando, imagen del Dios que es amor; pues como el Señor dijo: mi Padre hasta ahora sigue trabajando, y yo también trabajo (cf. Jn 5, 17).

+ Alfonso Carrasco Rouco
Obispo de Lugo

Prioridade do Traballo

1 de maio de 2020

Celebramos este ano o día 1 de maio, día de S. Xosé Obreiro e «Día internacional dos traballadores», nunhas circunstancias extraordinarias debidas á pandemia provocada polo virus Covid-19, que fixeron resaltar ante os nosos ollos moi evidentemente o significado mesmo do traballo.

O confinamento xeral paralizou a actividade da maior parte da nosa sociedade. Con esta ocasión, fíxose moi visible a necesidade de integrar na nosa existencia as novas tecnoloxías, simbolizadas polo teletraballo, cos seus riscos tamén de relativización dos espazos da vida privada e familiar. Pero, sobre todo, puidemos apreciar a importancia inmensa do traballo, por exemplo de todo o persoal do mundo sanitario, dos servizos de limpeza, das forzas da orde, de quen fai posible a industria e a distribución agroalimentarias, o transporte, as telecomunicacións, o xornalismo, sen esquecer as tarefas políticas ou legais, etc.

Durante este tempo puidemos contemplar o espectáculo impresionante do traballo de tantos e percibir o ben que procura á sociedade; máis aínda, a súa imbricación íntima coa vida, a do propio traballador, a da súa familia e a de todos. Fáisenos patente así que non é posible minusvalorar o significado do traballo. De ningunha maneira é reducible a produto mercantil, a obxecto de compra e venda no mercado ou a cifra estatística. O traballo é unha expresión elemental do noso existir como persoa, é constitutivo do noso ser social.

Pero neste tempo de confinamento vemos tamén o risco inmenso que corre o traballo no noso país, ao paralizarse boa parte da vida económica.

Habemos de poñer todos os medios para soste as persoas que nestas circunstancias se atopan sen traballo, así como a subsistencia das súas familias. Pero iso é sempre só unha solución momentánea e incomparable co verdadeiramente bo para a persoa e a sociedade: o traballo.

Hoxe é unha urxencia primeira responder con axilidade ás necesidades en que se atopa quen perdeu os ingresos necesarios para vivir, que non poderían esperar moitas semanas por unha resposta. Pero igualmente os maiores esforzos serán poucos, para facer posible que o traballo se retome, volva ocupar o seu posto central na vida persoal, familiar e social.

O significado do traballo para a construción da persoa e do ben común —o seu valor moral—, é tan elevado, que ha de recoñecerse por todos unha verdadeira prioridade nestas circunstancias que vivimos. Non deben prevalecer agora outras consideracións, a utilización desta dramática situación persoal e social para lograr outras finalidades socio-políticas.

Os esforzos, os sacrificios, os recursos da nosa sociedade deben poñerse ao servizo de restaurar a dinámica do traballo, como un ben esencial —e, por iso, un dereito— para a liberdade e a vida de todos.

A Doutrina social da Igrexa ensinou con claridade a vinculación intrínseca do traballo coa dignidade, coa realización da persoa, coa súa asunción de responsabilidades familiares e sociais, coa súa cooperación cos demais na consecución do ben común. E insistiu, por tanto, no concepto de «traballo digno»; é dicir, da dignidade que deben ter as condicións do traballo para corresponder ao ser persoa do traballador, responsable de si, da súa familia e tamén da sociedade.

Nestas circunstancias, paréceme que a atención debe dirixirse ao máis fundamental, que pode estar posto en cuestión, ao ben primeiro que é o traballo mesmo, que corre o risco de destrución para tantísimas persoas, poñendo en graves dificultades a súa existencia e a da nosa sociedade.

O traballo fixo posible a herdanza recibida dos nosos pais, das xeracións precedentes: a nosa educación mesma, o coidado da nosa saúde, a construción das nosas casas, os negocios familiares e as empresas grandes crecidas grazas á obra de moitos, as estruturas xurídicas, políticas ou de seguridade de que gozamos, etc.

É o tesouro do traballo humano, como percibimos con especial claridade nas circunstancias que vivimos, nunca reducible ás soas cifras que o miden ou a puro movemento financeiro.

A prioridade do traballo non é sen máis a do diñeiro, nin a dos sós intereses individualistas; correspóndese co ben do conxunto da nosa sociedade. Por iso, a dignidade peculiar do traballo significará ao mesmo tempo non manipular nunca as necesidades do pobre, non aproveitar para abusos e inxustizas; e non abandonar tampouco a quen non ten traballo, a quen non pode soste a súa casa e a súa vida. O traballo é fonte de solidariedade, é quen fai posibles as diversas formas de asistencia da sociedade a quen o necesita.

Que as circunstancias tristes que vivimos, que a perda ás veces de seres queridos, nos axude a apreciar de novo o que verdadeiramente importa na vida, entre o que se atopa tamén, sen ningunha dúbida, o significado do traballo. Nel pode expresarse ben o mellor da persoa humana, que será tamén así, traballando, imaxe do Deus que é amor; pois como o Señor dixo: o meu Pai ata o de agora segue traballando, e eu tamén traballo (cf. Xn 5, 17).

+ Alfonso Carrasco Rouco
Bispo de Lugo

Pascua del enfermo 2020

VIº Domingo de Pascua

Es costumbre en la Iglesia dedicar un domingo de Pascua a los enfermos, celebrar la «Pascua del enfermo».

Se expresa así, sin duda, una preocupación de fondo que todos tenemos y que es más o menos actual para nuestra persona o nuestras familias. Podemos olvidarla a veces en la vida que llamamos «normal», podemos no ver a los enfermos y fragilizados, porque están recogidos en hospitales o en residencias. Aunque este año la emergencia del coronavirus nos ha obligado a todos a tomar conciencia de que nuestra naturaleza es tal que, por un motivo u otro, en realidad no podremos asegurar siempre su subsistencia. No somos señores de la vida, no nos damos el ser. El Covid-19 ha proclamado ante cada uno y ante toda la sociedad: no vas a poder garantizar tu supervivencia; lo cierto y seguro es más bien lo contrario.

Por supuesto, no celebramos la Pascua del enfermo por este motivo. Sino para recordar, comprender mejor y alegrarnos de corazón en lo que ha hecho el Señor Jesús con su muerte y resurrección.

La experiencia del sufrimiento genera una sensación de soledad inevitable: nadie puede sustituirme en mis circunstancias, en mi dolor; es mi cuerpo y mi alma quien se deteriora; soy yo quien sufre un cambio radical de mi situación, de mis relaciones, de mis capacidades de acción, quien corre el riesgo de morir.

Esta experiencia, la tentación de una soledad radical, del inevitable miedo a sufrir y morir, fue compartida con todo su ser por Jesús en el Huerto de los Olivos, pero también vencida completamente.

Ante la certeza de la cruz, Jesús reza al Padre. El consuelo no le podía venir de algunas palabras de cariño o de ánimo por parte de los suyos, que no podían cambiar el hecho de que se destruía su existencia, su presencia en este mundo, se buscaba reducir su persona al «polvo de la muerte» y a la nada. Para Él, no se trataba en absoluto de afrontar más o menos estoicamente las dificultades. El desafío fue siempre el de la victoria de la vida, de su misión personal, la victoria sobre el dolor, el sufrimiento y la muerte —no un consuelo menor. Esta era la afirmación de Jesús desde el principio de su misión: «Yo estoy en mi Padre». Y esto era también lo que negaban aquellos que buscaban destruirlo, aquellos que vivían así como siervos del miedo a la muerte.

Jesús vive su Pasión unido al Padre, según su voluntad, como parte de la misión que le había encomendado, en un Amor más grande que todo su sufrimiento. No hay ninguna otra respuesta al dolor y a la muerte más que esta: la presencia de un Amor, de una Vida más grande, vencedora, que impedirá que nos quedemos solos y abandonados a nuestra individualidad sufriente, que seamos reducidos a la nada.

La presencia del Padre, que resucitó a Jesús y lo llenó de vida gloriosa, la presencia de Dios cambia realmente la situación. Porque Él es la Vida mayor que toda muerte.

A nosotros el Señor nos dice: «yo estoy con mi Padre, vosotros conmigo y yo con vosotros», «no os dejaré desamparados. Jesús, en quien se demostró en toda plenitud la verdad de la salvación de nuestro ser humano, sigue diciéndonos las palabras del amor: «tú no puedes morir», estate conmigo y «vivirás para siempre».

Son algo más que la expresión del deseo profundo del corazón de todos, son promesa de cumplimiento real, porque las dice

quien es el Amor más grande que todo, vencedor de la muerte. Todos los caminos de la propia existencia se convierten así en una historia, personal, hecha con Aquel que nos ha amado y se ha entregado por nosotros. Es una historia de amor, en la que todo puede tener un sentido, de la que formará parte incluso el tiempo de la enfermedad y la propia muerte, en la que todo mal puede ser superado.

El testimonio de la dignidad de la propia vida y, en particular, del valor inapreciable que puede tener para Aquel que te ama el dolor que vives confiándote en sus manos, se convierte en algo posible para cada uno; porque no estamos solos, el Señor no nos abandona, nos da su gracia.

Sin el Señor estaríamos sometidos al miedo a la muerte; con la Resurrección de Cristo hemos aprendido a creer en Dios Padre, a vivir seguros del sentido bueno de nuestra existencia en el mundo, de nuestra misión en la vida, del significado de nuestra libertad, de nuestro corazón.

Por eso, acompañar en la soledad es ser testigo de un amor más grande, reavivar la llama de la fe que te asegura la victoria de la vida, por más fuerte que parezca el sufrimiento o inevitable la muerte. Todo testimonio de caridad, de entrega, es por eso de valor inapreciable, más que el oro y la plata, y no se perderá nunca, no será nunca olvidado por Aquel que nos ama eternamente.

Todo esfuerzo por no abandonar a nadie, por decir de corazón y con fe a cada uno —al más anciano, al más enfermo, al que ya pronto morirá— «tú eres», «sigues siendo querido» «sigues importando», «vivirás»; todo gesto de acompañamiento de esta soledad última, no se olvidará nunca y será la expresión más pura de nuestra dignidad como personas humanas.

Pero, sobre todo, la presencia del Señor Jesús, su compañía buena, especialmente real en los sacramentos, no desaparecerá nunca, será siempre nuestra esperanza, convertirá cualquier etapa de la

vida en parte de una historia buena, hecha siempre juntos, en la que Él será pastor y amigo, y nosotros seremos discípulos, pequeños, pero también amigos.

Por eso, demos gracias a Dios, que nos ha llamado en Jesús a ser sus hijos, a participar de su reino de luz, de vida y de amor: «al que me ama, lo amaré mi Padre, y yo también lo amaré y me revelaré a Él».

+ Alfonso Carrasco Rouco
Obispo de Lugo

Pascua do enfermo 2020

VIº Domingo de Pascua

É costume na Igrexa dedicar un domingo de Pascua aos enfermos, celebrar a «Pascua do enfermo».

Exprésase así, sen dúbida, unha preocupación de fondo que todos temos e que é máis ou menos actual para a nosa persoa ou as nosas familias. Podemos esquecerla ás veces na vida que chamamos «normal», podemos non ver aos enfermos e fraxilizados, porque están recollidos en hospitais ou en residencias. Aínda que este ano a emerxencia do coronavirus obrigounos a todos a tomar conciencia de que a nosa natureza é tal que, por un motivo ou outro, en realidade non poderemos asegurar sempre a súa subsistencia. Non somos señores da vida, non nos damos o ser. O Covid-19 proclamou ante cada un e ante toda a sociedade: non vas poder garantir a túa supervivencia; o certo e seguro é máis ben o contrario.

Por suposto, non celebramos a Pascua do enfermo por este motivo. Senón para lembrar, comprender mellor e alegrarnos de corazón no que fixo o Señor Xesús coa súa morte e resurrección.

A experiencia do sufrimento xera unha sensación de soidade inevitable: ninguén pode substituírme nas miñas circunstancias, na miña dor; é o meu corpo e a miña alma quen se deteriora; son eu quen sofre un cambio radical da miña situación, das miñas

relacións, das miñas capacidades de acción, quen corre o risco de morrer.

Esta experiencia, a tentación dunha soidade radical, do inevitable medo a sufrir e morrer, foi compartida con todo o seu ser por Xesús no Horto das Oliveiras, pero tamén vencida completamente.

Ante a certeza da cruz, Xesús prega ao Pai. O consolo non lle podía vir de algunhas palabras de agarimo ou de ánimo por parte dos seus, que non podían cambiar o feito de que se destruía a súa existencia, a súa presenza neste mundo, buscábase reducir a súa persoa ao «po da morte» e á nada. Para ÉL, non se trataba en absoluto de afrontar máis ou menos estoicamente as dificultades. O desafío foi sempre o da vitoria da vida, da súa misión persoal, a vitoria sobre a dor, o sufrimento e a morte —non un consolo menor. Esta era a afirmación de Xesús desde o principio da súa misión: «Eu estou no meu Pai». E isto era tamén o que negaban aqueles que buscaban destruílo, aqueles que vivían así como servos do medo á morte.

Xesús vive a súa Paixón unido ao Pai, segundo a súa vontade, como parte da misión que lle encomendara, e logo nun Amor máis grande que todo o seu sufrimento. Non hai ningunha outra resposta á dor e á morte máis que esta: a presenza dun Amor, dunha Vida máis grande, vencedora, que impedirá que quedemos sós e abandonados á nosa individualidade doente, que sexamos reducidos á nada.

A presenza do Pai, que resucitou a Xesús e encheuno de vida gloriosa, a presenza de Deus cambia realmente a situación. Porque El é a Vida maior que toda morte.

A nós o Señor dinos: «eu estou co meu Pai, vós comigo e eu convosco», «non vos deixarei desamparados». Xesús, en quen se demostrou en toda plenitude a verdade da salvación do noso ser humano, segue dicíndonos as palabras do amor: «ti non podes morrer», queda comigo e «vivirás para sempre».

Son algo máis que a expresión do desexo profundo do corazón de todos, son promesa de cumprimento real, porque as di quen é o Amor máis grande que todo, vencedor da morte. Todos os camiños da propia existencia convértense así nunha historia, persoal, feita con Aquel que nos amou e se entregou por nós. É unha historia de amor, na que todo pode ter un sentido, da que formará parte mesmo o tempo da enfermidade e a propia morte, na que todo mal pode ser superado.

O testemuño da dignidade da propia vida e, en particular, do valor inapreciable que pode ter para Aquel que te ama a dor que vives confiándote nas súas mans, convértese en algo posible para cada un; porque non estamos sós, o Señor non nos abandona, dános a súa graza.

Sen o Señor estaríamos sometidos ao medo á morte; coa Resurrección de Cristo aprendemos a crer en Deus Pai, a vivir seguros do sentido bo da nosa existencia no mundo, da nosa misión na vida, do significado da nosa liberdade, do noso corazón.

Por iso, acompañar na soidade é ser testemuña dun amor máis grande, reavivar a chama da fe que che asegura a vitoria da vida, por máis forte que pareza o sufrimento ou inevitable a morte. Todo testemuño de caridade, de entrega, é por iso de valor inapreciable, máis que o ouro e a prata, e non se perderá nunca, non será nunca esquecido por Aquel que nos ama eternamente.

Todo esforzo por non abandonar a ninguén, por dicir de corazón e con fe a cada un —ao máis ancián, ao máis enfermo, ao que xa pronto morrerá— «ti es», «segues sendo querido» «segues importando», «vivirás»; todo xesto de acompañamento desta soidade última, non se esquecerá nunca e será a expresión máis pura da nosa dignidade como persoas humanas.

Pero, sobre todo, a presenza do Señor Xesús, a súa compañía boa, especialmente real nos sacramentos, non desaparecerá nunca, será sempre a nosa esperanza, converterá calquera etapa da vida

en parte dunha historia boa, feita sempre xuntos, na que El será pastor e amigo, e nós seremos discípulos, pequenos, pero tamén amigos.

Por iso, demos grazas a Deus, que nos chamou en Xesús a ser os seus fillos, a participar do seu reino de luz, de vida e de amor: «ao que me ama, amarao meu Pai, e eu tamén o amarei e revelareime a El».

+ Alfonso Carrasco Rouco
Bispo de Lugo

Carta sobre el Fondo Diocesano SEMPRE XUNTOS

Lugo, 11 de junio de 2020

Queridos hermanos:

gracias a Dios, estamos dejando atrás poco a poco lo más agudo de esta crisis sanitaria provocada por el virus Covid-19. Hemos procurado vivirla juntos, en las dificultades de los días de confinamiento y, especialmente, en la enfermedad, la soledad o ante el misterio de la muerte.

La caridad ha sido una fuente de esperanza constante, ha sostenido las certezas del corazón, como si fuese el aceite en la lámpara de nuestra fe. Hemos rezado al Señor con más insistencia, hemos procurado guardar ante los ojos su Presencia real y su Amor en la celebración de la Eucaristía, aunque fuese a través de medios de comunicación.

En este contexto surgió en nuestro presbiterio lucense la iniciativa *SEMPRE XUNTOS*, buscando ayudar a las personas enfermas que estuviesen más solas y necesitadas en nuestras parroquias.

Sabemos que, en la nueva situación en que nos encontramos, las necesidades están creciendo, debido a la crisis económica y social generada por el confinamiento, afectando a la vida cotidiana de personas y familias. Por ello, nos pareció corresponder a la volun-

tad inicial de los donantes ampliar ahora los objetivos a los que está destinado el Fondo «Sempre Xuntos», convirtiéndolo en un «*Fondo diocesano*» más permanente, vinculado a las necesidades caritativas más urgentes de nuestras parroquias. Adjunto el Decreto de su constitución.

Quisiera agradecer sinceramente la iniciativa de los sacerdotes que dio origen al Fondo, y la generosidad de todos los que la secundaron. De este modo, hemos respondido también desde nuestra Diócesis de Lugo a la petición hecha por la Conferencia episcopal española, en sintonía con el Papa Francisco, de que nosotros, obispo y sacerdotes, diésemos «un paso adelante de generosidad».

Convertir ahora este «Fondo» en estable será ocasión para que todos podamos seguir contribuyendo al sostenimiento de los más necesitados, bien sabiendo que es una herramienta complementaria a todo lo que estamos haciendo ya en el día a día de las parroquias y las Caritas.

El Fondo se constituye con 100.000€. De ellos 44.000 provienen de la campaña *Sempre Xuntos* que ya hicimos; la aportación de la Diócesis será de 32.000€, provenientes de los ingresos obtenidos a través del convenio con ArtiSplendore en nuestra Catedral; Caritas Diocesana aportará 24.000€. Es posible que las necesidades sean mayores que las posibilidades de este Fondo. Por ello, toda aportación será bienvenida, nuestra y de nuestros fieles, pero también de asociaciones, empresas, etc., a las que podemos invitar a participar. La Diócesis también está dispuesta a seguir colaborando, en la medida de sus posibilidades.

Como sabemos, la unidad de los fieles cristianos, la comunión a la que el Señor Jesús nos llama, hunde sus raíces en el fondo del alma, y alcanza nuestros cuerpos mortales y nuestros bienes, el presente y el futuro. En esta «nueva» normalidad que ahora comenzamos necesitaremos que sea verdad el lema de «Sempre Xuntos», para no dejar atrás a nadie, y experimentar esta «comunión cristiana de bienes», nacida de la libertad de la fe. Para cada uno de nosotros

será testimonio palpable de la presencia de la caridad, del Espíritu del Señor que consuela, alienta nuestro caminar y nos guardará para la vida.

Que el Señor nos bendiga y nos mantenga siempre unidos como su Pueblo. Para que pensando en Él, en su permanente Presencia eucarística entre nosotros, podamos decir cuando pasemos por cañadas oscuras: nada temo, tú vas conmigo, tu vara y tu cayado me sosiegan.

+ Alfonso Carrasco Rouco
Obispo de Lugo

El poder de cada persona. Cada gesto cuenta

Día de la Caridad 2020

Queridos hermanos:

Vivimos tiempos singulares, en los que hemos tomado iniciativas excepcionales como sociedad, para detener el contagio de un virus potencialmente mortal. Las ciudades y los pueblos, todo se ha detenido, en una inmensa acción común.

Hoy, en el *Día de la Caridad*, queremos observar cómo esta actuación de toda la sociedad ha sido en realidad obra de la libertad y de la responsabilidad de cada uno.

Las personas hemos hecho posible esta acción común. Y aunque decir «persona» es siempre hablar de relaciones, de familia, de compañeros de trabajos, de intercambio de bienes corporales y espirituales, de responsabilidad por los otros, no podemos olvidar que todo ello reposa siempre en el corazón, en la mente, en las disposiciones libres de cada uno.

Nada sucede sin la persona. Y, sin embargo, es fácil no valorarla, cuando su contribución para un objetivo común resulta irrelevante, o incluso cuando su presencia es más carga que ayuda. Así, por ejemplo, hemos visto cómo ha sido posible en algunos lugares dejar a los mayores en las residencias sin atenderlos realmente en la enfermedad, aunque estaban en peligro de muerte. Esto sucedía al no poder responder a las exigencias que planteaba la much-

dumbre enferma por el virus. Aunque, si lo pensamos, esto puede suceder sin necesidad real, sólo porque no conviene a los propios proyectos personales, como por ejemplo muchas veces en que se realiza un aborto. Como dice nuestro Papa Francisco, existen planteamientos en nuestra sociedad para los que la persona como tal no importa, puede ser descartada.

Este tiempo de pandemia ha sido ocasión para que todos pudiéramos percibir el problema: nada sucede sin la persona; pero fácilmente se la descarta en realidad. Y cuando esto no lleva a tales consecuencias últimas, la falta de respeto para con la persona puede manifestarse de otras maneras, negándole sus bienes fundamentales. Esto va desde la mentira o la manipulación de la información, para determinar su comportamiento en propio provecho o para hacerle daño y atemorizarla, a quitarle sus bienes más necesarios: la paz de su familia, la confianza de los hijos, el ejercicio de unas libertades u otras; o, por supuesto, el acceso a los recursos materiales, a los necesarios para asegurar un lugar de habitación, la alimentación, etc.

Por eso, nada hay más importante, nada cambia la vida y la sociedad de modo más eficaz que aquello que establece definitivamente el valor de la persona, que enseña a respetarlo, a defenderlo en los diferentes ámbitos.

Esta afirmación de la dignidad del prójimo, que se compromete realmente por su bien, es la caridad. Ha sido enraizada en este mundo para siempre por Jesucristo, nuestro Señor, que la llevó a su plenitud, hasta el extremo de darlo todo, cuerpo y alma, la vida misma por los hermanos. Viene de Dios, y es Dios mismo, nuestro Creador; por eso pensamos que da razón de nuestra existencia: quien comienza a existir ha sido amado eternamente. Ilumina la vida, como sabemos por experiencia desde que abrimos los ojos al amor de nuestra madre. Es la única guía suficiente para dar forma buena a la existencia y conducir a la sociedad por caminos de justicia y de paz.

La caridad que el Señor ha traído al mundo no pasará nunca. Es el corazón de nuestra fe, que celebramos el día de Corpus Christi, poniendo en ello nuestra gloria, y no en nuestras fuerzas, riquezas y poderes.

Pero, evidentemente, la caridad sólo existe en el corazón de la persona, es inseparable de la libertad y de la conciencia de cada uno, de nuestra propia relación con Dios. Pues no hemos sido los primeros en amar: hemos recibido la vida y hemos recibido el amor de Dios, que entregó a su Hijo por nosotros.

El lema de este día de la caridad nos lo recuerda: éste es el verdadero *poder de cada persona*, que defenderá para siempre la dignidad de la propia existencia, que afirmará sin engaño ni manipulación el bien del prójimo, que sabrá compartir y sabrá dar, con la única medida del propio corazón, a quien camina a mi lado y lo necesita. Así vencerá todo desafío y también a la muerte.

Es totalmente verdad, por tanto, que lo que cuenta es el poder de cada persona, cuando éste es el de la caridad, el del Espíritu invencible del Señor. Y es cierto igualmente que *cada gesto cuenta*: toda expresión de la caridad es de más valor que el oro y la plata.

Por eso es más importante la verdad y la libertad del gesto que aquello que podemos aportar, según nuestras posibilidades. Porque es más importante el corazón que la cuenta bancaria; porque la persona no puede ser medida por la cantidad de bienes materiales de los que disponga.

Amemos al prójimo no con palabras, sino con obras. Lo hemos visto en tantos ejemplos magníficos de entrega durante la pandemia. No nos preguntábamos cuánto ganaba esta persona o la otra, sino que admirábamos su entrega de corazón.

Afirmemos, pues, que cada persona importa. Que no podemos abandonar a ninguna, ni dejar atrás a ninguna. Pongamos de nuestra parte lo que podamos, en tiempo, en creatividad, en energías; y también en medios materiales, en apoyo en la necesidad.

El confinamiento puede traer como consecuencia un crecimiento grande de necesidades materiales. Que traiga ya antes, con la gracia de Dios, un cambio de nuestras mentalidades, un crecimiento de nuestra fe, para la que nadie es insignificante, un crecimiento de nuestra caridad, entendida como el poder mismo de la persona, al que no podemos renunciar para renovar nuestra vida y nuestra sociedad.

Y que la alegría profunda prometida por el Señor, que nadie nos podrá quitar, crezca un año más contemplando y cantando la alabanza del Amor de los amores, que sostiene para siempre y llena de esperanza nuestra vida.

¡Feliz día de Corpus Christi!

+ Alfonso Carrasco Rouco
Obispo de Lugo

O poder de cada persoa. Cada xesto conta

Día da Caridade 2020

Queridos irmáns:

Vivimos tempos singulares, nos que tomamos iniciativas excepcionais como sociedade, para deter o contaxio dun virus potencialmente mortal. As cidades e os pobos, todo se detivo, nunha inmensa acción común.

Hoxe, no *Día da Caridade*, queremos observar como esta actuación de toda a sociedade foi en realidade obra da liberdade e da responsabilidade de cada un.

As persoas fixemos posible esta acción común. E aínda que dicir «persoa» é sempre falar de relacións, de familia, de compañeiros de traballos, de intercambio de bens corporais e espirituais, de responsabilidade polos outros, non podemos esquecer que todo iso repousa sempre no corazón, na mente, nas disposicións libres de cada un.

Nada sucede sen a persoa. E, con todo, é fácil non valorala, cando a súa contribución para un obxectivo común resulta irrelevante, ou mesmo cando a súa presenza é máis carga que axuda. Así, por exemplo, vimos como foi posible nalgúns lugares deixar aos maiores nas residencias sen atendelos realmente na enfermidade, aínda que estaban en perigo de morte. Isto sucedía ao non poder responder as esixencias que expuña o xentío enfermo polo virus.

Aínda que, se o pensamos, isto pode suceder sen necesidade real, só porque non convén aos propios proxectos persoais, como por exemplo moitas veces en que se realiza un aborto. Como di o noso Papa Francisco, existen formulacións na nosa sociedade para os que a persoa como tal non importa, pode ser descartada.

Este tempo de pandemia foi ocasión para que todos puideramos percibir o problema: nada sucede sen a persoa; pero facilmente se descarta en realidade. E cando isto non leva a tales consecuencias últimas, a falta de respecto para coa persoa pode manifestarse doutras maneiras, negándolle os seus bens fundamentais. Isto vai desde a mentira ou a manipulación da información, para determinar o seu comportamento en propio proveito ou para facerlle dano e atemorizala, a quitarlle os seus bens máis necesarios: a paz da súa familia, a confianza dos fillos, o exercicio dunhas liberdades ou outras; ou, por suposto, o acceso aos recursos materiais, aos necesarios para asegurar un lugar de habitación, a alimentación, etc.

Por iso, nada hai máis importante, nada cambia a vida e a sociedade de modo máis eficaz que aquilo que establece definitivamente o valor da persoa, que ensina a respectalo, a defendelo nos diferentes ámbitos.

Esta afirmación da dignidade do próximo, que se compromete realmente polo seu ben, é a caridade. Foi enraizada neste mundo para sempre por Xesucristo, o noso Señor, que a levou á súa plenitude, ata o extremo de dalo todo, corpo e alma, a vida mesma polos irmáns. Vén de Deus, e é Deus mesmo, o noso Creador; por iso pensamos que dá razón da nosa existencia: quen comeza a existir foi amado eternamente. Ilumina a vida, como sabemos por experiencia desde que abrimos os ollos ao amor da nosa nai. É a única guía suficiente para dar forma boa á existencia e conducir á sociedade por camiños de xustiza e de paz.

A caridade que o Señor trouxo ao mundo non pasará nunca. É o corazón da nosa fe, que celebramos o día de Corpus Christi, poñendo niso a nosa gloria, e non nas nosas forzas, riquezas e poderes.

Pero, evidentemente, a caridade só existe no corazón da persoa, é inseparable da liberdade e da conciencia de cada un, da nosa propia relación con Deus. Pois non fomos os primeiros en amar: recibimos a vida e recibimos o amor de Deus, que entregou ao seu Fillo por nós.

O lema deste día da caridade lémbrenolo: este é o verdadeiro *poder de cada persoa*, que defenderá para sempre a dignidade da propia existencia, que afirmará sen engano nin manipulación o ben do próximo, que saberá compartir e saberá dar, coa única medida do propio corazón, a quen camiña ao meu lado e o necesita. Así vencerá todo desafío e tamén á morte.

É totalmente verdade, por tanto, que o que conta é o poder de cada persoa, cando este é o da caridade, o do Espírito invencible do Señor. E é certo igualmente que *cada xesto conta*: toda expresión da caridade é de máis valor que o ouro e a prata.

Por iso é máis importante a verdade e a liberdade do xesto que aquilo que podemos achegar, segundo as nosas posibilidades. Porque é máis importante o corazón que a conta bancaria; porque a persoa non pode ser medida pola cantidade de bens materiais dos que dispoña.

Amemos ao próximo non con palabras, senón con obras. Vímolos en tantos exemplos magníficos de entrega durante a pandemia. Non nos preguntabamos canto gañaba esta persoa ou a outra, senón que admirabamos a súa entrega de corazón.

Afirmemos, pois, que cada persoa importa. Que non podemos abandonar a ningunha, nin deixar atrás a ningunha. Poñamos da nosa parte o que podamos, en tempo, en creatividade, en enerxías; e tamén en medios materiais, en apoio na necesidade.

O confinamento pode traer como consecuencia un crecemento grande de necesidades materiais. Que traía xa antes, coa graza de Deus, un cambio das nosas mentalidades, un crecemento da nosa fe, para a que ninguén é insignificante, un crecemento da nosa

caridade, entendida como o poder mesmo da persoa, ao que non podemos renunciar para renovar a nosa vida e a nosa sociedade.

E que a alegría profunda prometida polo Señor, que ninguén nos poderá quitar, creza un ano máis contemplando e cantando a loanza do Amor dos amores, que sostén para sempre e chea de esperanza a nosa vida.

Feliz día de Corpus Christi!

+ Alfonso Carrasco Rouco
Bispo de Lugo

Homilía en respuesta a la Ofrenda del Antiguo Reino de Galicia al Santísimo Sacramento

Lugo 2020

Excelentísima Sra. Oferente,
Queridos irmáns no Episcopado,
Ilustrísimo Cabido Catedral
Queridos irmáns sacerdotes e membros de institutos
de vida consagrada
Excmas. e Ilmas. Autoridades,
Queridas irmás e irmáns no Señor,

Celebramos un año más la Ofrenda del Reino de Galicia al Santísimo Sacramento, continuando así una tradición que alcanza ya los 351 años. Agradezco sus palabras a la Sra. Oferente, Alcaldesa de Lugo, que ha asumido esta responsabilidad en un año tan extraordinario como este 2020, en que el mundo y también Galicia sufre las consecuencias de la pandemia provocada por el covid-19. En este lugar recobra aliento el corazón al poder dirigir juntos nuestras peticiones al Señor, recordando su presencia real entre nosotros y sus palabras: quien come de este pan, vivirá para siempre.

En el origen de este singular privilegio eucarístico, según vieja tradición, hubo una opción, un gesto de libertad también en tiempos difíciles: no bastan nuestros esfuerzos, nuestra organización o incluso una diferente disciplina personal, para superar nuestra fra-

gilidad; ni confiaremos en el descubrimiento de sabidurías que nos harían entrar en la armonía profunda de la naturaleza para superar los miedos y dificultades de la vida. Así podían hablar algunos en los inicios de la antigua Gallaecia, cuando caía el mundo del imperio romano, lo nuevo estaba aún tomando forma y la inseguridad era grande. Y estos acentos, en formas renovadas, aún pueden resonar entre nosotros hoy, que hemos pasado estos tiempos difíciles del confinamiento, bajo la amenaza de este virus mortal.

¿No podríamos pensar que la respuesta es sencillamente mayor disciplina y organización de nuestras fuerzas, o que hemos de buscar los secretos de una nueva armonía con la naturaleza que lo solucionará todo? A pesar de haber visto cómo un virus, una fuerza natural ciega ponía en cuestión en un instante todos nuestros ritmos y formas de vida, nuestras relaciones con los demás y con nuestro entorno, podemos seguir creyendo: sólo es cuestión de tiempo para que nuestra sabiduría —más ecológica—, nuestra tecnología, nos asegure una vida armoniosa libre de todo peligro.

Pero si los antiguos podían soñar sistemas en que cada uno podía dejar atrás las limitaciones de la carne y alcanzar una vida divina, en nuestra época la esperanza del progreso sitúa siempre en el futuro el bien perfecto que deseamos.

Y ¿qué es de nosotros hoy? ¿qué es de nuestra carne sufriente, de nuestras enfermedades, de nuestros seres queridos, de tantos rostros amados?

La opción que llevó a nuestros padres a poner un signo eucarístico en el centro del Altar mayor de su Iglesia principal, fue reconocer otro camino: el del Hijo de Dios que se hizo carne, y en la carne realizó la salvación, la llevó a la gloria y a la resurrección. Entendieron que no se bastaban a sí mismos, que no era suficiente organizar bien las propias fuerzas, que la respuesta al enigma de la vida viene de un don, de un amor.

Descubrían así una dignidad singular de la propia existencia, de la propia persona. Quien no era nadie significativo para las fuer-

zas inmensas del universo, aquel cuyos dolores no importaban realmente, cuyos anhelos y esperanzas eran irrelevantes para el mundo, era alguien, amado definitivamente por Dios; de modo que sus actos, su corazón, su existencia, importaban, estaban ante los ojos del Señor del universo; tenía valor no a pesar, sino por su humanidad vivida en la carne, aunque fuese más débil que fuerte, más sufriente que aparentemente triunfante.

El Señor en el Altar mayor, en el centro de las miradas, es la afirmación del valor de nuestra humanidad, de la carne y de la sangre en que se realizará la salvación. Es la defensa del humilde, del que llora, del que busca la paz, del que es misericordioso y manso, del que no niega la fe del corazón, del que confía en Dios Padre. Es la victoria del humilde, del que reconoce que no puede darse la vida, que sus fuerzas no bastan para asegurarle el bien que desea para sí mismo, para su familia y para su tierra. Es la victoria de los sencillos de corazón, que reconocen la verdad manifiesta tan humanamente en Jesús de un Dios que es Padre y es Amor.

Y es, al mismo tiempo, la afirmación definitiva de la comunión: vivimos en la alegría de la unidad, de la comunidad plena de significado, que se manifiesta especialmente en el gesto de la Eucaristía, de participar del mismo Pan de vida a la mesa del Señor. Y en esta mesa aprendemos a vivir en el agradecimiento y la entrega, en el sacrificio, el don y la fraternidad cotidiana.

Así se irá conformando mucho de lo mejor del pueblo gallego. Que puede afirmar sin miedo la vida y la dignidad de la propia existencia, en el campo o en la ciudad, la grandeza escondida de la familia, del amor, del hogar. Que no teme el trabajo y vive en medio de la naturaleza con realismo, como en la casa en que va preparando el hogar mejor y definitivo. Que sabe compartir las penas y las alegrías, que sabe poner la mesa y abrir la casa a los suyos, a los vecinos, los invitados. Que no cierra la puerta al necesitado, sino que lo entiende y acoge. Que cuida de padres y abuelos, que no abandona a los suyos en las dificultades o en la enfermedad, y los

honra con inmensa esperanza y oración solemne en el momento de la muerte. Que se alegra por el esplendor de la humanidad de los propios santos patronos, en quienes ve la certeza de las promesas cumplidas y una ayuda constante en el camino; que celebra su fiesta sin miedos, ligeros de corazón, compartiendo la fe y la caridad, el agradecimiento y la alegría de vivir.

En este tiempo nuestro, difícil como o más que tantos otros, recojamos de nuevo el desafío que expresan las palabras con que nuestros antepasados acompañaron este signo eucarístico: aquí profesamos con firmeza este misterio de la fe.

Todos los esfuerzos son bienvenidos, todos los trabajos son necesarios. Todas las colaboraciones son causa de alegría y aligeran el camino. Cada gesto cuenta, cada palabra de consuelo, cada momento de compañía. En estos días hemos aprendido de nuevo, a veces con dolor, qué decisivo es decir siempre: cada uno importa.

Que nada nos quite la esperanza, la fe del corazón, que celebramos ante el Santísimo una vez más. Nuestros antepasados quisieron hace 351 años establecer esta Ofrenda del Reino de Galicia. Continuando esta tradición, acudimos a esta Catedral para pedir hoy, en las urgencias que nos rodean y ante los trabajos que nos esperan, ser pueblo de corazones buenos y generosos, alimentados por un único Pan, verdaderamente bueno y generoso.

Que Xesús Sacramentado bendiga neste día abondosamente a Vd. Sra. Oferente e a súa familia, a Lugo e todas as cidades e pobos do Reino de Galicia, e a cada un de nós. E que nestes tempos difíciles nos acompañe a intercesión da súa Nai e a nosa Nai, a Santísima Virxe María dos Ollos Grandes.

Lugo, a 21 de xuño de 2020.

+ Alfonso Carrasco Rouco
Obispo de Lugo

Homilía en resposta á Ofrenda do Antigo Reino de Galicia ao Santísimo Sacramento

Lugo 2020

Excelentísima Sra. Oferente,
Queridos irmáns no Episcopado,
Ilustrísimo Cabido Catedral
Queridos irmáns sacerdotes e membros de institutos
de vida consagrada
Excmas. e Ilmas. Autoridades,
Queridas irmás e irmáns no Señor,

Celebramos un ano máis a Ofrenda do Reino de Galicia ao Santísimo Sacramento, continuando así unha tradición que alcanza xa os 351 anos. Agradezo as súas palabras á Sra. Oferente, Alcaldesa de Lugo, que asumiu esta responsabilidade nun ano tan extraordinario como este 2020, en que o mundo e tamén Galicia sofre as consecuencias da pandemia provocada polo covid-19. Neste lugar recobra alento o corazón ao poder dirixir xuntos as nosas peticións ao Señor, lembrando a súa presenza real entre nós e as súas palabras: quen come deste pan, vivirá para sempre.

Na orixe deste singular privilexio eucarístico, segundo vella tradición, houbo unha opción, un xesto de liberdade tamén en tempos difíciles: non chegan os nosos esforzos, a nosa organización ou mesmo unha diversa disciplina persoal, para superar a nosa fraxi-

lidade; nin confiaremos no descubrimento de sabedorías que nos farían entrar na harmonía profunda da natureza para superar os medos e dificultades da vida. Así podían falar algúns nos inicios da antiga Gallaecia, cando caía o mundo do imperio romano, o novo apenas agromaba e a inseguridade era grande. E estes acentos, en formas renovadas, aínda poden resoar entre nós hoxe, que fixemos a experiencia do confinamento, baixo a ameaza deste virus mortal.

Non poderíamos pensar que a resposta é sinxelamente maior disciplina e organización das nosas forzas, ou que habemos de buscar os segredos dunha nova harmonía coa natureza que o solucionará todo? A pesar de ver como un virus, unha forza natural cega poñía en cuestión nun instante todos os nosos ritmos e formas de vida, as nosas relacións cos demais e coa nosa contorna, podemos seguir crendo: só é cuestión de tempo para que a nosa sabedoría —máis ecolóxica—, a nosa tecnoloxía, nos asegure unha vida harmoniosa libre de todo perigo.

Pero se os antigos podían soñar sistemas en que cada un podía deixar atrás as limitacións da carne e alcanzar unha vida divina, na nosa época a esperanza do progreso sitúa sempre no futuro o ben perfecto que desexamos.

E que é de nós hoxe? que é da nosa carne sufrinte, das nosas enfermidades, dos nosos seres queridos, de tantos rostros amados?

A opción que levou aos nosos pais a poñer un signo eucarístico no centro do Altar maior da súa Igrexa principal, foi recoñecer outro camiño: o do Fillo de Deus que se fixo carne, e na carne realizou a salvación, levouna á gloria e á resurrección. Entenderon que non se bastaban a si mesmos, que non era suficiente organizar ben as propias forzas, que a resposta ao enigma da vida viña dun don, dun amor.

Descubrían así unha dignidade singular da propia existencia, da propia persoa. Quen non era ninguén significativo para as forzas inmensas do universo, aquel cuxas dores non importaban realmente, cuxos anhelos e esperanzas eran irrelevantes para o

mundo, era alguén, amado definitivamente por Deus; de modo que os seus actos, o seu corazón, a súa existencia, importaban, estaban ante os ollos do Señor do universo; tiña valor non a pesar, senón pola súa humanidade vivida na carne, aínda que fose máis débil que forte, máis sufrinte que aparentemente triunfante.

O Señor no Altar maior, no centro das miradas, é a afirmación do valor da nosa humanidade, da carne e do sangue en que se realizará a salvación. É a defensa do humilde, do que chora, do que busca a paz, do que é misericordioso e manso, do que non nega a fe do corazón, do que confía en Deus Pai. É a vitoria do humilde, do que reconece que non pode darse a vida, que as súas forzas non bastan para asegurarlle o ben que desexa para si mesmo, para a súa familia e para a súa terra. É a vitoria dos sinxelos de corazón, que reconecen a verdade manifesta tan humanamente en Xesús dun Deus que é Pai e é Amor.

E é, ao mesmo tempo, a afirmación definitiva da comunión: vivimos na alegría da unidade, da comunidade plena de significado, que se manifesta especialmente no xesto da Eucaristía, de participar do mesmo Pan de vida á mesa do Señor. E nesta mesa aprendemos a vivir no agradecemento e a entrega, no sacrificio, o don e a fraternidade cotiá.

Así se irá conformando moito do mellor do pobo galego. Que pode afirmar sen medo a vida e a dignidade da propia existencia, no campo ou na cidade, a grandeza escondida da familia, do amor, do fogar. Que non teme o traballo e vive no medio da natureza con realismo, como na casa en que vai preparando o fogar mellor e definitivo. Que sabe compartir as penas e as alegrías, que sabe poñer a mesa e abrir a casa aos seus, aos veciños, aos invitados. Que non pecha a porta ao necesitado, senón que o entende e acolle. Que coida de pais e avós, que non abandona aos seus nas dificultades ou na enfermidade, e os honra con inmensa esperanza e oración solemne no momento da morte. Que se alegra polo esplendor da humanidade dos propios santos patróns, en quen ve a certeza

das promesas cumpridas e unha axuda constante no camiño; que celebra a súa festa sen medos, lixeiros de corazón, compartindo a fe e a caridade, o agradecemento e a alegría de vivir.

Neste tempo noso, difícil tanto ou máis que outros, recollamos de novo o desafío que expresan as palabras con que os nosos antepasados acompañaron este signo eucarístico: aquí profesamos con firmeza este misterio da fe.

Todos os esforzos son benvidos, todos os traballos necesarios. Todas as colaboracións son causa de alegría e alixeiran o camiño. Cada xesto conta, cada palabra de consolo, cada momento de compañía. Nestes días aprendemos de novo, ás veces con dor, que decisivo é dicir sempre: cada un importa.

Que nada nos quite a esperanza, a fe do corazón, que celebramos ante o Santísimo unha vez máis. Os nosos devanceiros quixeron hai 351 anos establecer esta Ofrenda do Reino de Galicia. Continuando esta tradición, acudimos a esta Catedral para pedir hoxe, nas urxencias que nos rodean e ante os traballos que nos esperan, ser pobo de corazóns bos e xenerosos, alimentados por un único Pan, verdadeiramente bo e xeneroso.

Que Xesús Sacramentado bendiga neste día abondosamente a Vde. Sra. Oferente e a súa familia, a Lugo e todas as cidades e pobos do Reino de Galicia, e a cada un de nós. E que nestes tempos difíciles nos acompañe a intercesión da súa Nai e a nosa Nai, a Santísima Virxe María dos Ollos Grandes.

Que así sexa.

Lugo, a 21 de xuño de 2020.

+ Alfonso Carrasco Rouco
Bispo de Lugo

La asignatura de Religión Católica

El bien que persigue la educación es la formación integral de la persona. Esta es la razón fundamental por la que no puede excluirse del ámbito escolar la educación de la dimensión moral y religiosa, de modo que la persona pueda crecer como sujeto responsable y libre. En este ámbito de conocimientos se sitúa la asignatura de Religión, como es habitualmente reconocido en los sistemas educativos europeos.

Querría insistir en que esta asignatura no puede plantearse de manera ajena a la identidad cultural, moral y religiosa de la persona concreta; pues esta identidad forma parte esencial de la realidad a cuyo conocimiento la escuela ha de introducirla. Conocer y comprender la propia realidad es el método adecuado para poder luego actuar con libertad.

La persona, además, no existe nunca como individuo aislado, sino como miembro de una familia y de un pueblo, participe de una cultura, de una tradición, que necesita conocer y comprender. Esta necesidad es, si cabe, más urgente en una sociedad plural como la nuestra, que busca vías de diálogo y colaboración; pero también en la perspectiva de un «pacto educativo global», que no podría promoverse sin respeto de las gentes, las culturas y los pueblos.

La asignatura de Religión católica es una respuesta a estas exigencias en el caso de la mayoría del alumnado. Conviene integrarla en el currículo, de modo que no se generen para nadie agravios

comparativos, y respetando el conjunto de exigencias propias del ámbito escolar. Pero no puede ser considerada ajena al proceso educativo como tal. Por ello, debe ser una asignatura comparable a otras asignaturas fundamentales y, por tanto, evaluable de igual manera.

La contribución de la ERE es decisiva para introducir a la persona al conocimiento de aspectos esenciales de su realidad, de su identidad personal y de su cultura. Es parte constitutiva de una formación integral, y así habría de ser considerada en cualquier Ley de Educación.

+ Alfonso Carrasco Rouco
Obispo de Lugo
Presidente de la Comisión de
Educación y Cultura

Revista *Vida Nueva* (19/06/2020)

Entrevista en *Religión y Escuela*

Mons. Alfonso Carrasco Rouco es, desde el 3 de marzo, Presidente de la Comisión Episcopal para la Educación y Cultura. Pocos días después, el domingo 15 de marzo a las 0:00 h, con la publicación en el BOE comenzaba oficialmente el confinamiento. En la agenda de la educación en España se acumulaban asuntos de calado en los que el papel y la acción de la Conferencia Episcopal era fundamental.

Presidir la comisión en un momento así habrá supuesto una complicación añadida para hacerse cargo de las cuestiones que afectan a la comisión: conocer a los delegados, mantener comunicación con los representantes de las instituciones educativas de la escuela católica, con el Ministerio, etc ¿Un inicio complicado, verdad?

Ciertamente, las cuestiones de las que es responsable nuestra Comisión son muchas e importantes, y añaden tarea al ministerio episcopal en la propia Diócesis. Las asumo con ánimo, confiado en la Providencia y en los hermanos, que me lo han encargado; porque, al final, se refieren a parte esencial del bien de la Iglesia y de la sociedad.

Por lo pronto, esta misión ha significado un multiplicarse de los contactos, aunque haya sido por vía telemática, con muchas personas y realidades llenas de vida, relacionadas con el mundo de la educación. Eso ha significado ya un enriquecimiento grande para mí, que agradezco.

El inicio puede decirse complicado, también por el desafío que significa la tramitación en curso de la nueva Ley de educación. Pero es también apasionante y rico de enseñanzas para mí como obispo.

Las instituciones asistenciales y caritativas de la Iglesia se han convertido en uno de los pilares que han contribuido a hacer frente a un momento tan crítico como este, ¿qué destacaría especialmente?

Destacaría sin duda, en primer lugar, la cercanía de tantas parroquias a sus fieles y a todos los que lo pudiesen necesitar. La labor asistencial ha sido importantísima, en las Caritas parroquiales, en las obras de los institutos de vida consagrada y en otras organizaciones. Pero a la base ha estado siempre la voluntad de permanecer unidos como comunidad eclesial, de vivir juntos las dificultades de este tiempo de pandemia, de guardar la fe en Dios y apoyarnos en ella en los momentos de sufrimiento y de soledad. La fe en Dios Padre, en nuestro Señor, ha sido decisiva en la experiencia cotidiana de esta cuarentena, animando la caridad fraterna y dando esperanza de victoria ante la muerte.

¿Cuál ha sido, en su opinión, lo más destacado de la respuesta de la comunidad educativa a la crisis del covid-19? ¿Qué retos se abren a la enseñanza religiosa escolar después de esta experiencia?

Lo más destacado me ha parecido la entrega de la comunidad educativa a sus alumnos, con todos los medios disponibles, poniendo en juego el tiempo y las energías de cada uno. Ha sido muy visible el esfuerzo por garantizar el desarrollo de las tareas educativas con los nuevos medios informáticos; pero también el seguimiento y la preocupación por cada alumno.

También la «enseñanza religiosa escolar» ha ido por estos caminos, para lo que muchos disponían ya de diversos recursos pedagógicos. El reto me parece aquí también el de una relación auténtica con el alumno, en la que se pueda percibir todo el sentido de la asignatura.

A pesar de las dificultades, el Gobierno, aunque ha prorrogado unos días los plazos parlamentarios, no ha parado el trámite el de la Ley. ¿Significa, en su opinión, que el Ministerio da por cerrada la puerta a un pacto escolar?

No parar los trámites de la Ley en estas circunstancias excepcionales ciertamente significa no tomar en consideración la posibilidad de un pacto escolar. Porque no se da espacio a la participación de muchos de los protagonistas del mundo de la escuela, ni a un diálogo real con ellos. No se facilita así que la sociedad tenga conciencia clara y asuma las grandes decisiones educativas que la afectarán luego profundamente.

Se corre el riesgo de que, al mostrarse críticos con el contenido de la nueva ley educativa, se quiera instrumentalizar a la Iglesia para presentarla ante la opinión pública como un adversario político. ¿Es posible evitar este extremo? ¿Se debe extremar el cuidado del lenguaje, de la comunicación y del argumentario? ¿Se juega todo en el ‘cómo decir’?

Las aportaciones de la Iglesia al debate en curso sobre la nueva Ley no están destinadas a favorecer ninguna posición política. De hecho, parten del supuesto que todos los grandes partidos comparten la defensa de la libertad de enseñanza, de la libertad religiosa, de los derechos de los ciudadanos, de la familia, de los padres y los hijos. Creemos que estas afirmaciones fundamentales pueden ser la base para un pacto escolar, que quite la educación del campo de las luchas políticas. Todos podemos concordar en su importancia fundamental, en primer lugar para niños y jóvenes, y en la conveniencia de no instrumentalizar la educación de modo partidista.

Como el debate puede ser apasionado, conviene cuidar las formas y el lenguaje. El modo de hacer las cosas importa mucho, buscando siempre hacer ver con claridad cuáles son los grandes bienes de la persona que están en juego en el debate sobre la escuela.

¿No resulta paradójico que se dibuje a la escuela concertada como una privilegiada cuando supone, además de un ahorro notable para las arcas públicas, una garantía de pluralidad para hacer realidad el derecho a la libertad educativa que consagra la Constitución y, en muchos barrios, una presencia transformadora y comprometida?

Ciertamente es paradójico presentar a la escuela concertada como privilegiada. Al contrario, aporta grandes bienes a la sociedad, no sólo de ahorro financiero, sino sobre todo de promoción de la libertad educativa, en respuesta a la demanda de las familias, y de compromiso con las necesidades sociales. Se habla de privilegio, a veces, por los gastos que puede suponer a los padres, debidos precisamente a la forma en que el Estado plantea los conciertos. Lo lógico sería que se ofreciese la gratuidad de la enseñanza a todos, con la libertad de poder escoger el ámbito educativo preferido por los padres, en el marco de la Constitución. De este modo sí lucharía el Estado contra toda posible sombra de «privilegio» en la escuela, haciéndola accesible a todos en plena libertad.

¿Estamos a tiempo de acordar con el Ministerio la regulación de la enseñanza religiosa escolar y algunos aspectos que, como ha subrayado Escuelas Católicas, amenazan la libertad de enseñanza?

Disponemos del tiempo que ofrece el periodo de tramitación de la Ley, en el que es posible y deseable el diálogo, en el Parlamento y en la sociedad. Nos gustaría que la nueva Ley no significase una disminución de la libertad de enseñanza, y concretamente en relación con la «enseñanza religiosa escolar» o con las escuelas concertadas o de iniciativa social.

La LOMLOE subraya, entre otros como ejes transversales de la Ley los objetivos de desarrollo sostenible, la educación para la ciudadanía mundial, la co-educación. Además sugiere un modelo más competencial de la enseñanza. ¿Será necesario repensar el encaje curricular de la ERE en el sistema educativo?

Los ejes transversales mencionados hacen referencia de un modo u otro al crecimiento en la responsabilidad personal, con respecto a la naturaleza, en las relaciones personales y entre los pueblos. Este es precisamente el ámbito del currículo en que encaja la ERE en el sistema educativo.

La ERE es esencial, indispensable, en la formación de la propia responsabilidad como persona, a través del estudio de los pro-

pias convicciones y valores morales y religiosos. El conocimiento adecuado y la comprensión razonable de estos horizontes propiamente humanos es imprescindible para la formación de un sujeto adulto y responsable.

La carrera profesional docente es otro de los pilares de la LOMLOE que puede condicionar la propuesta de candidatos de cada Confesión religiosa a la administración para impartir las clases de Religión en el sistema educativo, ¿formará parte de lo negociable con el Ministerio? ¿se puede ir avanzando en una solución que permita a las confesiones religiosas proponer candidatos que mantengan los requisitos de idoneidad y los requisitos de la administración?

Este es, sin duda, otro de los grandes campos en que es necesario el diálogo con la Administración correspondiente y con el Ministerio. Sabemos que los requisitos académicos, necesarios para el trabajo propio del mundo escolar, y la idoneidad necesaria para el desempeño de la tarea específica, no están en contradicción; pero que, en cambio, resulta a veces difícil conjuntarlos adecuadamente.

No se discuten los requisitos académicos, ni la necesaria carrera profesional de los profesores; no debe discutirse tampoco la necesaria idoneidad, que está al servicio de los alumnos que han de recibir la enseñanza.

La búsqueda de la mejor solución es una parte importante de nuestras relaciones con la Administración y el Ministerio.

Otro de los grandes asuntos ha sido la propuesta del papa Francisco de convocar un Pacto Educativo Global por la educación. Aunque el acto de apertura se ha pospuesto y se celebrará telemáticamente el 15 de octubre en Roma, ¿qué retos supone para Comisión de Enseñanza, para los católicos (padres, profesores, alumnos)?

El «Pacto educativo global» nos recuerda a todos en primer lugar que la educación no debe estar sometida al juego de los intereses partidistas, que el horizonte adecuado para el desarrollo de nuestra sociedad es el de un «pacto escolar».

En segundo lugar, subraya la existencia de aspectos y dimensiones fundamentales que son globales, transversales a los planteamien-

tos culturales de los diferentes pueblos. Es importante incidir en ello, para preparar un futuro de paz, que inicia ya en la educación. Entre estos grandes ejes están en lugar destacado los relacionados con la educación de la persona, de su responsabilidad moral ante sí mismo, el prójimo, la sociedad y la naturaleza misma. Ello no podrá desarrollarse en un «pacto global» sin respetar la identidad de pueblos y culturas, la de aquella en que nace y crece el alumno y en la que ha de ser introducido razonablemente, para llegar a ser consciente de sí y a la vez capaz de diálogo con otros.

Es un reto grande también para nosotros, sea porque a veces tendemos a una versión simplificada de la educación como transmisión de conocimientos técnicos, sea por la dificultad de dar su lugar educativo propio al estudio y la comprensión de la identidad moral y religiosa en la que nacen los alumnos.

Muchas diócesis van a cerrar el curso escolar sin la posibilidad del encuentro final y la escuela va despedir, telemáticamente, a sus alumnos hasta el septiembre del curso que viene, ¿qué mensaje le gustaría transmitir a la comunidad educativa?

Las circunstancias que hemos vivido, tan novedosas y difíciles, nos han hecho descubrir mejor que la comunidad educativa es un bien muy grande, insustituible en la vida de niños y jóvenes. Que la educación es una expresión importantísima del afecto verdadero, de alguien que quiere el bien del alumno. Y que nuestra sociedad no sería la misma sin la presencia de este testimonio dado por las comunidades educativas.

La grandeza de esta misión explica la constancia en el compromiso, la entrega por los alumnos, el esfuerzo por preparar las próximas tareas, la voluntad de defender la libertad de la escuela. El próximo curso tendrá sus retos; pero los afrontaremos sin miedo. Aunque las formas telemáticas jueguen un papel mayor que hasta ahora, no se podrá sustituir la relación educativa, en la que el alumno descubre una pasión por el bien de su persona que lo hace crecer en el uso de la razón, de la libertad, de la responsabilidad ante el prójimo y la sociedad.

Cuestionario para *Alfa & Omega*

Preguntas para el presidente de la Comisión para la Educación y Cultura

¿Cuál es su sentir general con esta ley que pretende sacar adelante?

En primer lugar, de expectativa. La aprobación de una Ley de Educación es un hecho de gran importancia para toda la sociedad.

En segundo lugar, de preocupación. El bien de la libertad de enseñanza es muy grande, los derechos de las familias y los padres son fundamentales. Y, examinando el Proyecto, vemos el riesgo de que no se promuevan en aspectos importantes.

En tercer lugar, la urgencia del diálogo. La educación es una riqueza de la sociedad, que hoy día es plural y de la que formamos parte como Iglesia católica. El diálogo es imprescindible también para respetar la libertad y la pluralidad en la comprensión y puesta en práctica de los grandes valores sobre los que la Ley quiere fundamentarse.

¿Han mantenido algún encuentro con la ministra? ¿Está previsto?

Hemos pedido un encuentro con la Sra. Ministra, y estamos esperando su respuesta. Es posible que tenga lugar en breve, como deseamos.

¿Estaría la Iglesia dispuesta ceder en algún aspecto —entendiendo que siempre que no tengan que ver con los derechos fundamentales— para alcanzar un pacto educativo?

Con respecto a los bienes y derechos fundamentales de la persona nadie, supongo, se plantea ceder. En las formas de su articulación concreta, pueden darse soluciones diversas, que pongan un acento más que otro. En este ámbito se abren posibilidades de diálogo y de búsqueda de consenso.

Por ejemplo, pueden existir formas diversas de integrar la asignatura de «Religión católica» en su área curricular, o de asegurar el estatuto de su profesorado. Como también pueden entenderse de varios modos los «Valores cívicos» que integra el Proyecto en el currículo, bien sabiendo que no pueden consistir en la transmisión de una antropología o una «ética» privilegiada por el Gobierno, lo que no se correspondería con un sistema democrático y aconfesional.

Si la ley sale adelante, ¿qué acciones se plantean?

Continuar un trabajo cultural que nos ayude, a nosotros y a toda la sociedad, a comprender y valorar mejor lo que significa la libertad de enseñanza, los derechos de los padres, la justa laicidad del Estado, la dignidad académica de una escuela de ideario cristiano, la clase de religión, etc.

Y mantener las vías del diálogo con los protagonistas de nuestra vida política; pues no sólo respetamos a nuestros gobernantes, como siempre ha enseñado la Iglesia, sino que apreciamos nuestro actual marco democrático y constitucional. Por otra parte, es de suponer que intentaríamos salvaguardar en lo posible los espacios de libertad en el ámbito educativo, también con los medios jurídicos que están a disposición en nuestra sociedad para la defensa de los derechos y libertades de todos.

25 de junio de 2020.

Pensando en lo vivido como Iglesia en tiempos de covid-19

Terminando el periodo de desconfiamiento, disminuyendo, gracias a Dios, la emergencia sanitaria, parece conveniente dedicar un momento a la reflexión, volver la mirada a lo vivido, a las respuestas que hemos dado en este tiempo único; lo que será bueno, sin duda, a la hora de pensar en el futuro, que todos vaticinan diverso de lo que hasta ahora era «normal».

¿Cómo hemos vivido esta crisis imprevista, para la que no nos habíamos preparado? ¿Cuál ha sido nuestra actuación como Iglesia?

No pretendemos, por supuesto, dar una respuesta global ni completa a tales preguntas. Haría falta para ello escuchar lo que se diría por parte de todas las Iglesias particulares hermanas en España; mientras que aquí hablamos sólo a partir de la pequeña experiencia de Lugo. Y, aún en este límite, no se intenta tampoco ser exhaustivo, sino sólo decir como una primera palabra de un diálogo necesario, dar un paso inicial en la reflexión que pide la vivencia de esta crisis, cuyas enseñanzas debemos escuchar.

I. Vivir la propia identidad

El gesto primero que hemos hecho como Iglesia ha sido evidentemente una apelación sistemática, desde los primeros momentos, a cuidar de la vida de los demás respetando las regulaciones públi-

cas. Las diócesis, los presbiterios, las parroquias se han guiado por esta preocupación primera. Sin embargo, con el paso del tiempo ha podido surgir una duda a este respecto: ¿se corresponde esto con la identidad de la Iglesia? ¿Ha sido sólo una actuación obligada, reduciéndonos a un argumento ético y no teológico? ¿Ha significado una presencia de la Iglesia o ha sido más bien una simple retirada, esperando a que pasase la pandemia?

A mi parecer, esta primera respuesta se correspondía efectivamente con la naturaleza de la Iglesia. Porque es propio de la fe cristiana conducir a la percepción nítida y a la defensa de los bienes fundamentales de la persona. Así pues, con su apelación al cuidado de la vida que estaba en peligro, la Iglesia estaba siendo fiel a la dinámica propia de su fe, a su afirmación fundamental de apreciar y poder salvar todo lo verdaderamente humano.

En efecto, la fe nos hace conscientes y responsables ante los grandes valores éticos; pero no por ello se reduce a la mera razón, ni se niega a sí misma. Muestra su verdad cuando enseña cómo estar en el mundo de modo adecuado, cuando potencia la razón, es eficaz a la hora de dar forma buena a la vida, nos ayuda a vivir unidos como hermanos. No es de extrañar, por tanto, que para la fe sea natural el diálogo y la colaboración con todos, también con otros planteamientos religiosos o ideológicos. Pero no se relativiza por eso la esperanza de la salvación, rasgo primero de la identidad eclesial, sino que se pone de manifiesto según el gran programa de San Juan Pablo II: el hombre es el camino de la Iglesia.

Podemos concluir, por tanto, que esta apelación inicial no significó simplemente comportarse como un organismo estatal o reducirse a afirmar valores éticos generales; sino que fue un gesto pastoral, consecuencia de intentar vivir las exigencias de la caridad en estas circunstancias excepcionales.

Sin embargo, es cierto que esta actitud primera también podría malinterpretarse como una retirada, como si nos hubiéramos limitado a «quedarnos en casa», en en una especie de «pausa» ecle-

sial. En particular, porque ha podido suceder así en ocasiones, y a veces, inevitablemente, como en el caso de los grupos de riesgo, cuyos miembros fueron invitados razonable e insistentemente a extremar la prudencia.

De haber caído en esta tentación, la Iglesia se habría quedado en el horizonte de acción del Estado, poniendo entre paréntesis lo eclesial. Pero la Iglesia no limitó su actuación a esta primera apelación, no redujo su presencia sólo a esto. Al contrario, a lo largo de este tiempo permaneció activa, intentando llevar a cabo su misión propia en esta peculiar situación.

Su actuación se encaminó en primer lugar al bien de las personas, a mantener vivas aquellas dimensiones de lo humano, que pareciesen más necesitadas de la claridad y del sostén de la fe en las circunstancias actuales. Es decir, la respuesta de la Iglesia ha estado determinada por su percepción de las exigencias más inmediatas de la caridad verdadera.

La urgencia primaria era sin duda mantener viva la relación de la persona con Dios, buscando las formas de la cercanía en la oración, de guardar ante los ojos y en el corazón la verdad de su Amor expresado en la Eucaristía, de acceder a la gracia de los sacramentos incluso en las situaciones más cargadas de limitaciones, de conservar la conciencia de la pertenencia a la comunidad eclesial concreta, al Señor. De modo semejante, era necesario el cuidado de una fraternidad vivida, la experiencia de unidad y de cercanía que sostuviese a cada uno en la soledad y en la enfermedad; pero igualmente en los difíciles desafíos de las propias tareas profesionales, donde era exigida muchas veces no sólo honestidad y fiabilidad, sino generosidad y entrega grande, verdadero sacrificio, hasta la puesta en riesgo de la propia vida. Todo ello es caridad, nacida de la fe en Dios, que no puede darse por descontada, porque está, por definición, enraizada en la libertad y necesita vigilancia, fortaleza y perseverancia.

Para la Iglesia, acompañar a los suyos —y a todos— en la experiencia de estos días ha constituido la prioridad principal. Porque la

Iglesia es «pueblo de Dios», y resulta evidente que ante los desafíos de la pandemia no podía negar esta identidad primera: queríamos antes de nada vivir unidos este tiempo. No somos Iglesia, pueblo de Dios, fraternidad, sólo en algunos momentos o fiestas, sino también en el trabajo de cada día y, con toda certeza, en las dificultades, ante el sufrimiento y la muerte. La primera preocupación había de ser la caridad fraterna, pedir la gracia de ser liberados de la pandemia, de saber acompañar y no abandonar a nadie.

De esta manera se ha expresado lo más íntimo de la naturaleza y de la misión de la Iglesia. Y en estos ámbitos se desarrolló también la predicación cotidiana —a menudo de forma telemática—, el acompañamiento de la vida de los fieles con la Palabra de Dios, frecuentemente en conversaciones personales; o con los mensajes que acompañaron la vida de la Iglesia diocesana en este tiempo.

Puede observarse, no obstante, que ello conllevó no considerar lo más urgente una reflexión de teología de la historia sobre el significado de la pandemia, aún percibiendo con nitidez cómo el virus imponía de hecho la necesidad de un «cambio» de vida, lo que el cristiano no puede no ver como una llamada a la «conversión». ¿Es aceptable esta ausencia? Ciertamente no del todo, pues a la vida humana y a su libertad pertenece esencialmente la inteligencia de la realidad.

Ante dudas y cuestiones que podían surgir, incluso ante preguntas como ¿es éste un castigo de Dios?, la respuesta primera fueron los gestos de la caridad más inmediata, unidos al sostenimiento de la fe en Dios nuestro Padre en los momentos de sufrimiento, soledad u oscuridad. Sólo así podía hablarse de modo creíble del amor divino y también plantear adecuadamente la pregunta, no la del miedo al castigo, sino la de la conversión, la de una vida según la voluntad de Dios.

El testimonio de tantos miembros del pueblo de Dios fue sin duda como una respuesta a esta pregunta, también porque era una invitación a la esperanza, hacía posible percibir el bien inmenso, la

novedad de vida que significa creer en el Evangelio. Es importante tomar conciencia de ello y no limitarse a consideraciones sólo sentimentales, que se quedarían en la superficie de las cosas. Este protagonismo de los fieles cristianos en la respuesta a la crisis, cumpliendo con hechos y palabras su misión en medio del mundo, tiene una clara dimensión profética, habla elocuentemente de criterios morales y de formas de vida diversas, no construidas sobre el egoísmo y el utilitarismo.

No minusvaloremos nosotros mismos la experiencia de este tiempo, para que esta apelación, vivida y sufrida por tantos, no quede sin ser oída entre las muchas voces y portavoces que pueblan nuestro mundo mediático. Guardemos viva la memoria de lo que hemos reconocido como bueno y verdaderamente humano. Si no olvidamos, por ejemplo los esfuerzos extenuantes de los sanitarios por la vida de los pacientes, el drama de no conseguir a veces atender a todos, veremos fácilmente lo contradictorio de no privilegiar una ley de cuidados paliativos antes que una ley de la eutanasia, que favorece la muerte.

El tiempo del confinamiento nos llevó a todos a darnos cuenta de que es posible vivir de otra manera, nos invitó a una reflexión personal sobre la conversión, de uno mismo pero también de nuestra sociedad. La experiencia vivida puso en discusión nuestra manera habitual de estar en el mundo, toda una mentalidad en la que estamos inmersos y que se encontró sacudida en su presunta evidencia y seguridad, en el orgullo del propio poder y —nosotros sabemos— en su indiferencia ante Dios.

¡Qué rápidamente cambiaron los ritmos de nuestras existencias, las costumbres, las rutinas más elementales en que se apoyaba nuestro día a día! En un instante desaparecieron cosas que considerábamos importantes, las que determinaban nuestro tiempo de ocio —desde el contacto con la naturaleza al deporte, la relación con los amigos y las fiestas, etc.—, pero también las obligaciones elementales de nuestra vida laboral y social.

Pudimos descubrir, no obstante, que nuestra vida continuaba, incluso con menos trauma del esperado. Se hacía fácil poner en cuestión muchas presuntas evidencias. Quebraba ciertamente la ilusión del control sobre la realidad y la propia vida; la creencia en el poder de nuestra sociedad, capaz de responder a cualquier peligro que el mundo pudiese plantear; la convicción de la auto-suficiencia de la ciencia y de la técnica. Nos descubrimos todos frágiles, como experimentan cada día tantas otras gentes y pueblos de nuestra tierra. Descubrimos nuestra propia naturaleza, de carne y hueso, amenazada por un virus inesperado e incontrolable. Supimos que podíamos enfermar y morir pronto. Creció así el miedo; pero también la certeza de que no podemos ser sólo una conjunción de fuerzas naturales ciegas. Y pudimos descubrir también nuestra dignidad en el testimonio de tantos que actuaban con otros criterios en la vida; pero igualmente en el rostro de los seres queridos, cuyo bien no podemos evitar desear de todo corazón.

Entendimos mejor que cada uno merece cuidados. Supimos que no es posible la indiferencia entre el bien y el mal, la vida y la muerte. Y pudimos abrirnos de nuevo a Dios, y muchas veces volver a rezar, no aceptando así reducirnos a la soledad radical, a la insignificancia en medio del mundo, a la falta de esperanza propia del materialismo, que no respondía para nada a las exigencias de nuestra experiencia inmediata.

Volviendo a la normalidad, ¿volveremos nosotros iguales a antes de la pandemia? ¿no tendremos otra conciencia, otra capacidad de análisis, no plantearemos otras exigencias a nuestras instituciones y autoridades públicas, llamadas a cuidar de la vida y el bien común?

La seriedad de lo vivido puso en cuestión toda posible ligereza nuestra —o despreocupación— para con la propia existencia, para con las urgencias de la propia persona, los bienes y los afectos fundamentales, y también —por desgracia— para con las necesidades y sufrimientos de otras personas y de pueblos enteros.

Hemos podido apreciar en toda su densidad y en su bondad los factores que verdaderamente constituyen nuestra vida. En primer lugar, el significado de nuestras familias, de tener una casa y un hogar, la compañía de nuestros seres queridos y la responsabilidad ante ellos; contra tanta mentalidad, tantas regulaciones sociales e incluso leyes que nos acostumbran a pensar más bien en su disolución. Igualmente el significado del trabajo, evidente en quienes lo hacían por nosotros y percibido en todo su sentido para la propia existencia al faltar de repente; ¿cómo despreciarlo en adelante, rechazarlo, manipularlo? ¿cómo preferir la distracción, quedarse en el puro consumo, buscar la comodidad de no hacer nada? ¿cómo no valorar grandemente la justicia en el trabajo? Y del mismo modo podrían elencarse otras dimensiones de la existencia, por ejemplo las que posibilitan la vida común, los medios de comunicación o los servicios y autoridades públicas; ¿no percibimos mejor cuánto depende el bien de cada uno y de todos de su veracidad, de que no resulte engañosa su tarea? Pero igualmente la Iglesia, donde nos relacionamos con Dios y aprendemos a vivir como hermanos; ¿cómo no distinguir entre la fe, la esperanza y la caridad, y el escepticismo o el egoísmo?

Hemos vivido igualmente la alegría profunda que significa la fraternidad, la entrega y el sacrificio, el amor al prójimo. Hemos experimentado la compasión en el sufrimiento y la enfermedad, ante la soledad o el abandono incluso en los últimos momentos de la vida. Hemos gozado del bien del compartir; sabemos con certeza que no podemos existir los unos sin los otros, aunque el misterio de cada vida sea singular. Tras lo vivido y al volver a la normalidad, ¿no deberíamos temer el riesgo de volver al nihilismo, al materialismo utilitarista, y rechazarlo casi instintivamente, como enemigo de nuestro bien?

La pandemia nos devuelve así de muchas maneras a nuestra responsabilidad personal, al desafío de un uso pleno de la razón y la libertad, a la escucha verdadera de nuestra experiencia y de la palabra del otro, a la seriedad ante la propia vida y la del prójimo.

En todo caso, y aunque sean muchos los temas abiertos y diversos los modos de afrontarlos, no podemos dispensarnos de la reflexión sobre la experiencia que hicimos, sobre lo que ha revelado de nuestra manera de vivir y de cumplir nuestras responsabilidades, sobre las urgencias y las prioridades que deben guiarnos en adelante. Es importante para cada uno, y también para todos, para que sea posible un diálogo y una compañía real en el camino, de cuya importancia hoy no tenemos la menor duda. Dios quiera sostenernos a todos en esta tarea.

II. En relación con el Estado

Algunas preguntas han podido surgir en particular sobre la relación con el Estado, debido a algunos gestos o decisiones tuyas que podían parecer no reconocer la importancia para la persona de la fe cristiana, de la participación en la vida de la Iglesia. Hasta ahora la limitación de la libertad de acción de la Iglesia no ha constituido entre nosotros un problema grave; pero la cuestión se ha planteado a veces, junto con la defensa de otras libertades sociales.

En principio, la actuación de la Iglesia en este tiempo ha respetado en todos los países la competencia propia del Estado, que puede resumirse en este caso en el cuidado del «orden público» necesario para luchar contra la expansión del virus.

Eso no ha significado, sin embargo, que se haya comprendido a sí misma como una «asociación» o como una institución asistencial entre las diversas que existen en el Estado, como ha podido criticarse algunas veces.

Aunque la caridad —Caritas— sea expresión de su ser íntimo, la presencia de la Iglesia en la sociedad y su actuación durante la pandemia no se reducen a las múltiples formas de su servicio a los necesitados. Es ante todo un «Pueblo», que camina y vive unido los desafíos del momento, movido por las certezas de la fe y el amor de Dios. Es posible que esta conciencia eclesial hubiera debido ser más

explícita y expresarse más públicamente; pero quizá no pareció imprescindible en un primer momento, ni la tarea más necesaria.

Sin embargo, es cierto que las regulaciones de orden público adoptadas por las autoridades gubernativas por motivos sanitarios afectan también a las formas concretas de la vida y a las celebraciones de la Iglesia. En algún momento han dado pie a dudas: ¿se respeta la importancia que tiene para los fieles la participación en las celebraciones eclesiales? ¿no se corre el riesgo de considerar atendida esta dimensión de la vida sin tener en cuenta su naturaleza comunitaria, diciendo, por ejemplo, que cada uno puede rezar en su casa?

A la hora de ponderar estas regulaciones, es necesario ser conscientes de que se trata siempre de decisiones prudenciales, determinadas en principio por la urgencia de evitar el contagio del virus; así como de la importancia para el bien común de mantener el respeto debido al orden público.

Pero, en todo caso, puede ser útil recordar que sería un error grave en la concepción del Estado no reconocer plenamente el espacio de la libertad religiosa y de conciencia. De hecho, excedería de las justas competencias de las autoridades políticas relativizar el significado esencial de la vida religiosa para las personas —como otros derechos fundamentales—, o reducirlo a fenómeno individual, no reconociendo su dimensión comunitaria y pública. Recordar estos rasgos fundamentales de la vida de una sociedad democrática no está de más.

De hecho, la experiencia europea del último siglo, que ha conducido a las actuales libertades democráticas, ha mostrado la transcendencia de que el Estado no pretenda convertirse en la guía moral de la sociedad, no intente imponerle la ideología propia de quien dispone del poder público; sino que, al contrario, defienda la libertad religiosa y de conciencia, para no caer en el totalitarismo.

Por otra parte, la historia ya larga de la Iglesia católica en nuestras naciones ha hecho plenamente consciente al Estado de que existe

un ámbito de fe y de vida —individual y social— que no está sometido a sus dictámenes ni se reduce a sus fronteras, que es esencial para la persona y que debe respetar. La presencia de la Iglesia, y precisamente también en su dimensión institucional, ha sido así, de hecho, un baluarte de la libertad.

Desde la perspectiva eclesial, reconociendo como objetivo común el bien de la persona, lo adecuado es siempre una colaboración leal con el Estado, lo que implicará ciertamente saber cuál es el lugar y la competencia de cada uno, y estar abierto a un diálogo franco y respetuoso.

La Iglesia lo ha hecho sin duda en este tiempo de pandemia, colaborando sistemáticamente así como reconociendo las competencias gubernativas en todo lo que, en estas circunstancias, implicaba el «orden público», entendido en sentido lato.

En algunos casos, sin embargo, se ha dado un rechazo a determinadas regulaciones, que no parecían aplicarse con justicia a la vida de la Iglesia. De hecho, algunos fieles —como ha sucedido, por ejemplo, en Francia, pero también en España— han presentado recurso ante los tribunales para defender sus derechos como miembros de la Iglesia. Hay quien ha pretendido explicar la actuación del Estado en estos casos como consecuencia de la pérdida de relevancia social del cristianismo, debida a una secularización creciente; pero, aún pudiendo ser en parte cierto, se pone de manifiesto así también la facilidad con que autoridades gubernativas entienden estos hechos desde una perspectiva «laicista». Porque la defensa de la libertad religiosa y de conciencia pertenece a la naturaleza misma de la sociedad democrática, más allá del número de personas que confiesan públicamente su fe.

Acudir a los tribunales, como sucedió en estos casos, es signo de que los cristianos viven en medio de la sociedad, cuyas dinámicas buenas promueven y respetan; y con la conciencia clara de que, defendiendo la propia libertad, también si fuese necesario con los legítimos medios jurídicos, defienden la libertad de toda la socie-

dad, que puede estar amenazada. La posición adoptada por los obispos, que no fueron los protagonistas de este recurso, puede ser más o menos acertada; pero ciertamente no ha significado una renuncia a la identidad de la Iglesia, ni aceptar pensarla como una especie de organismo estatal.

En todo caso, la búsqueda de colaboración por parte de la Iglesia, la importancia dada a los espacios de encuentro y del diálogo para la defensa de la libertad y derechos de la persona, no deben malinterpretarse como un olvido de su naturaleza íntima; al revés, para la Iglesia compartir plenamente la vida de la sociedad es prueba de su universalidad, de la verdad de su caridad, que es paciente, espera siempre.

Ello no quita que, también en este contexto, pueda urgir igualmente una reflexión segunda sobre la interpelación que significa esta crisis sanitaria para nuestra sociedad y para nuestras libertades, que muchos están ya planteando. Como también puede revelarse necesario tomar más conciencia de cuál es y cómo se expresa nuestra presencia como Iglesia en la sociedad y en relación con el Estado.

En particular, puede ser conveniente, de nuevo, poner de manifiesto el singular espacio de libertad que representa en la vida pública y ante el Estado la realidad de la Iglesia católica, que no se define ni se gobierna desde el poder civil; sobre todo si éste tendiese a interpretaciones de su poder, de sus competencias —por ejemplo de orden público—, que dejasen de respetar derechos y libertades. Una reflexión semejante, hecha en referencia a la experiencia concreta vivida en este tiempo, propuesta en el momento oportuno, puede ser en todo caso un bien para la sociedad como tal y para el adecuado funcionamiento de nuestro Estado. Aunque, de hecho, no haya parecido una urgencia primera en este tiempo de sufrimiento, provocado por el virus covid-19.

III. Entender nuestras prioridades

El conjunto de la experiencia vivida en el confinamiento pide también de nosotros como Iglesia una reflexión más sistemática sobre la necesidad de conversión, referida no sólo a cada uno —a las propias debilidades y miedos, a la falta de presencia o de iniciativa—, sino también a nuestras estructuras y formas de actuación en la sociedad, como Diócesis y parroquias llamadas a una «conversión pastoral».

De la experiencia vivida no debemos olvidar la alegría y el agradecimiento experimentados ante el testimonio adulto de tantos fieles cristianos; ni tampoco la vivencia de fraternidad y de comunión profunda que hemos hecho como Iglesia en estos días. Ambas cosas pueden ayudarnos a entender mejor las prioridades de nuestra acción pastoral en adelante: la pertenencia vivida a la comunidad eclesial cercana y concreta, el amor fraterno expresado en las relaciones cotidianas, la unidad en la fe alimentada en la oración y las celebraciones litúrgicas, el poder ser y vivir como cristianos adultos en medio de la sociedad, en las propias responsabilidades familiares, laborales y sociales. ¿Qué mayor prioridad que la edificación de este Pueblo de Dios, de su presencia entre nuestras casas, de este tesoro de humanidad hecho posible por la Palabra y los sacramentos, por la gracia de nuestro Señor? Al final, este ha sido nuestro recurso y nuestra fuerza más grande, con la que fue posible vivir este tiempo de pandemia confiados en que «todo sirve para el bien de los que aman a Dios»; y afrontar con esperanza no sólo el sufrimiento, sino incluso el misterio de la muerte, tan presente repentinamente ante los ojos de cada uno y de todos, y ante la cual sin fe descubríamos que no hay respuesta alguna.

Ahora es tiempo de ayudarnos unos a otros a recordar lo más valioso que hemos vivido, a seguir reconociendo que somos miembros de este Pueblo de Dios y a vivir como tales, con conciencia despierta, constantes en la esperanza y en el amor fraterno, unidos

en la comunión del único pan eucarístico. Tras estos días, sabemos bien que cada uno de nosotros importa, que cada gesto cuenta.

Demos gracias a Dios nuestro Padre, porque la certeza de su amor da pleno sentido a cada día que vivimos, en toda circunstancia. Porque nuestra esperanza está en su Hijo, que nos ha amado y se ha entregado por nosotros; de modo que nuestro destino no lo decide ya la fragilidad de nuestra carne, mortal, como el virus nos ha recordado. Porque el Amor misericordioso, con el que el Señor Jesús nos enriquece, nos salva de la infidelidad y del egoísmo de nuestro corazón, y produce el milagro de nuestra constancia en la entrega, de que nuestra vida sea fecunda en obras buenas.

En toda circunstancia, y también ahora, demos gracias al Señor, que ha vencido al mundo y nos ha dado, tras todas las tristezas, una alegría que nadie nos podrá quitar.

+ Alfonso Carrasco Rouco
Obispo de Lugo

Pensando no vivido como Igrexa en tempos de covid-19

Terminando xa o período de desconfinamento, diminuíndo, grazas a Deus, a emerxencia sanitaria, parece conveniente dedicar un momento á reflexión, volver a mirada ao vivido, ás respostas que demos neste tempo único; o que será bo, sen dúbida, á hora de pensar no futuro, que todos vaticinan diverso do que ata o de agora era «normal».

Como vivimos esta crise imprevista, para a que non nos preparámos? cal foi nosa actuación como Igrexa?

Non pretendemos, por suposto, dar unha resposta global nin completa a tales preguntas. Faría falta para iso escoitar o que se diría por parte de todas as Igrexas particulares irmás en España; mentres que aquí falamos só a partir da pequena experiencia de Lugo. E, aínda neste límite, non se tenta tampouco ser exhaustivo, senón só dicir como unha primeira palabra dun diálogo necesario, dar un paso inicial na reflexión que pide a vivencia desta crise, cuxos ensinamentos debemos escoitar.

I. Vivir a propia identidade

O xesto primeiro que fixemos como Igrexa foi evidentemente unha apelación sistemática, desde os primeiros momentos, a coidar da vida dos demais respectando as regulacións públicas. As dioceses,

os presbiterios, as parroquias guiáronse por esta preocupación primeira. Con todo, co paso do tempo puido xurdir unha dúbida a este respecto: correspóndese isto coa identidade da Igrexa? Foi só unha actuación obrigada, reducíndonos a un argumento ético e non teolóxico? Significou unha presenza da Igrexa ou foi máis ben unha simple retirada, esperando a que pasase a pandemia?

Ao meu parecer, esta primeira resposta correspondíase efectivamente coa natureza da Igrexa. Porque é propio da fe cristiá conducir á percepción nítida e á defensa dos bens fundamentais da persoa. Así pois, coa súa apelación ao coidado da vida que estaba en perigo, a Igrexa estaba a ser fiel á dinámica propia da súa fe, á súa afirmación fundamental de apreciar e poder salvar todo o verdadeiramente humano.

En efecto, a fe fainos conscientes e responsables ante os grandes valores éticos; pero non por iso se reduce á mera razón, nin se nega a si mesma. Mostra a súa verdade cando ensina como estar no mundo de modo adecuado, cando potencia a razón, é eficaz á hora de dar forma boa á vida, axúdanos a vivir unidos como irmáns. Non é de estrañar, por tanto, que para a fe sexa natural o diálogo e a colaboración con todos, tamén con outras formulacións relixiosas ou ideolóxicas. Pero non se relativiza por iso a esperanza da salvación, trazo primeiro da identidade eclesial, senón que se pon de manifesto segundo o gran programa de S. Xoán Paulo II: o home é o camiño da Igrexa.

Podemos concluír, por tanto, que esta apelación inicial non significou simplemente comportarse como un organismo estatal ou reducirse a afirmar valores éticos xenerais; senón que foi un xesto pastoral, consecuencia de tentar vivir as esixencias da caridade nestas circunstancias excepcionais.

Con todo, é certo que esta actitude primeira tamén podería malinterpretarse como unha retirada, coma se limitáramos a «quedarnos na casa», nunha especie de «pausa» eclesial. En particular, porque puido suceder así en ocasións, e ás veces inevitavelmente,

como no caso dos grupos de risco, cuxos membros foron convidados razoable e insistentemente a extremar a prudencia.

De caer nesta tentación, a Igrexa quedaría no horizonte de acción do Estado, poñendo entre paréntese o eclesial. Pero a Igrexa non limitou a súa actuación a esta primeira apelación, non reduciu a súa presenza só a isto. Ao contrario, ao longo deste tempo permaneceu activa, tentando levar a cabo a súa misión propia nesta peculiar situación.

A súa actuación encamiñouse en primeiro lugar ao ben das persoas, a manter vivas aquelas dimensións do humano, que parecen máis necesitadas da claridade e do sostén da fe nas circunstancias actuais. É dicir, a resposta da Igrexa estivo determinada pola súa percepción das esixencias máis inmediatas da caridade verdadeira.

A urxencia primaria era sen dúbida manter viva a relación da persoa con Deus, buscando as formas da proximidade na oración, de gardar ante os ollos e no corazón a verdade do seu Amor expresado na Eucaristía, de acceder á graza dos sacramentos mesmo nas situacións máis cargadas de limitacións, de conservar a conciencia da pertenza á comunidade eclesial concreta, ao Señor. De modo semellante, era necesario o coidado dunha fraternidade vivida, a experiencia de unidade e de proximidade que sostivese a cada un na soidade e na enfermidade; pero igualmente nos difíciles desafíos das propias tarefas profesionais, onde era esixida moitas veces non só honestidade e fiabilidade, senón xenerosidade e entrega grande, verdadeiro sacrificio, ata a posta en risco da propia vida. Todo iso é caridade, nacida da fe en Deus, que non pode darse por descontada, porque está, por definición, enraizada na liberdade e necesita vixilancia, fortaleza e perseveranza.

Para a Igrexa, acompañar aos seus —e a todos— na experiencia destes días constituíu a prioridade principal. Porque a Igrexa é «pobo de Deus», e resulta evidente que ante os desafíos da pandemia non podía negar esta identidade primeira: queriamos antes de nada vivir unidos este tempo. Non somos Igrexa, pobo de Deus,

fraternidade, só nalgúns momentos ou festas, senón tamén no traballo de cada día e, con toda certeza, nas dificultades, ante o sufrimento e a morte. A primeira preocupación había de ser a caridade fraterna, pedir a graza de ser liberados da pandemia, de saber acompañar e non abandonar a ninguén.

Desta maneira expresouse o máis íntimo da natureza e da misión da Igrexa. E nestes ámbitos desenvolveuse tamén a predicación cotiá —a miúdo de forma telemática—, o o acompañamento da vida dos fieis coa Palabra de Deus, frecuentemente en conversacións persoais; ou coas mensaxes que acompañaron a vida da Igrexa diocesana neste tempo.

Pode observarse, con todo, que iso levou consigo non considerar o máis urxente unha reflexión de teoloxía da historia sobre o significado da pandemia, aínda percibindo con nitidez como o virus impoñía de feito a necesidade dun «cambio» de vida, o que o cristián non pode non ver como unha chamada á «conversión». É aceptable esta ausencia? Certamente non do todo, pois á vida humana e á súa liberdade pertence esencialmente a intelixencia da realidade.

Ante dúbidas e cuestións que podían xurdir, mesmo ante preguntas como é este un castigo de Deus?, a resposta primeira foron os xestos da caridade máis inmediata, unidos ao sostemento da fe en Deus o noso Pai nos momentos de sufrimento, soidade ou escuridade. Só así podía falarse de modo crible do amor divino e tamén expor adecuadamente a pregunta, non a do medo ao castigo, senón a da conversión, a dunha vida segundo a vontade de Deus.

O testemuño de tantos membros do pobo de Deus foi sen dúbida como unha resposta a esta pregunta, tamén porque era unha invitación á esperanza, facía posible percibir o ben inmenso, a novidade de vida que significa crer no Evanxeo. É importante tomar conciencia diso e non limitarse a consideracións só sentimentais, que quedarían na superficie das cousas. Este protagonismo dos fieis cristiáns na resposta á crise, cumprindo con feitos e palabras a súa misión no medio do mundo, ten unha clara dimensión pro-

fética, fala elocuentemente de criterios morais e de formas de vida diversas, non construídas sobre o egoísmo e o utilitarismo.

Non infravaloremós nós mesmos a experiencia deste tempo, para que esta apelación, vivida e sufrida por tantos, non quede sen ser oída entre as moitas voces e portavoces que poboan o noso mundo mediático. Gardemos viva a memoria do que recoñecemos como bo e verdadeiramente humano. Se non esquecemos, por exemplo os esforzos extenuantes dos sanitarios pola vida dos pacientes, o drama de non conseguir ás veces atender a todos, veremos facilmente o contradictorio de non privilexiar unha lei de cuidados paliativos antes que unha lei da eutanasia, que favorece a morte.

O tempo do confinamento levounos a todos a darnos conta de que é posible vivir doutra maneira, convidounos a unha reflexión persoal sobre a conversión, dun mesmo pero tamén da nosa sociedade. A experiencia vivida puxo en discusión a nosa maneira habitual de estar no mundo, toda unha mentalidade na que estamos inmersos e que se atopou sacudida na súa presunta evidencia e seguridade, no orgullo do propio poder e —nós sabemos— na súa indiferenza ante Deus.

Que rapidamente cambiaron os ritmos das nosas existencias, os costumes, as rutinas máis elementais en que se apoiaba o noso día a día! Nun instante desapareceron cousas que considerabamos importantes, as que determinaban o noso tempo de lecer —desde o contacto coa natureza ao deporte, a relación cos amigos e as festas, etc.—, pero tamén as obrigacións elementais da nosa vida laboral e social.

Puidemos descubrir, con todo, que a nosa vida continuaba, mesmo con menos trauma do esperado.

Facíase fácil poñer en cuestión moitas presuntas evidencias. Crebaba certamente a ilusión do control sobre a realidade e a propia vida; a crenza no poder da nosa sociedade, capaz de responder a calquera perigo que o mundo puidese expor; a convicción da auto-suficiencia da ciencia e da técnica. Descubrímonos todos fráxiles,

como experimentan cada día tantas outras xentes e pobos da nosa terra. Descubrimos a nosa propia natureza, de carne e óso, ameazada por un virus inesperado e incontrolable. Soubemos que podíamos enfermarse e morrer pronto. Creceu así o medo; pero tamén a certeza de que non podemos ser só unha conxunción de forzas naturais cegas. E puidemos descubrir tamén a nosa dignidade no testemuño de tantos que actuaban con outros criterios na vida; pero igualmente no rostro dos seres queridos, cuxo ben non podemos evitar desexar de todo corazón.

Entendemos mellor que cada un merece coidados. Soubemos que non é posible a indiferenza entre o ben e o mal, a vida e a morte. E puidemos abrírnos de novo a Deus, e moitas veces volver rezar, non aceptando así reducirnos á soidade radical, á insignificancia no medio do mundo, á falta de esperanza propia do materialismo, que non respondía para nada as esixencias da nosa experiencia inmediata.

Volvendo á normalidade, volveremos nós iguais a antes da pandemia? non teremos outra conciencia, outra capacidade de análise, non exporemos outras esixencias ás nosas institucións e autoridades públicas, chamadas a coidar da vida e o ben común?

A seriedade do vivido puxo en cuestión toda posible lixeireza nosa —ou despreocupación— para coa propia existencia, para coas urxencias da propia persoa, os bens e os afectos fundamentais, e tamén —por desgraza— para coas necesidades e sufrimentos doutras persoas e de pobos enteiros.

Puidemos apreciar en toda a súa densidade e na súa bondade os factores que verdadeiramente constitúen a nosa vida. En primeiro lugar, o significado das nosas familias, de ter unha casa e un fogar, a compañía dos nosos seres queridos e a responsabilidade ante eles; contra tanta mentalidade, tantas regulacións sociais e mesmo leis que nos acostuman a pensar máis ben na súa disolución. Igualmente o significado do traballo, evidente en quen o facía por nós e percibido en todo o seu sentido para a propia existencia

ao faltar de súpeto; como desprezalo en diante, rexeitalo, manipúlalo? Como preferir a distracción, quedar no puro consumo, buscar a comodidade de non facer nada? como non valorar grandemente a xustiza no traballo? E do mesmo xeito poderían elencarse outras dimensións da existencia, por exemplo as que posibilitan a vida común, os medios de comunicación ou os servizos e autoridades públicas; non percibimos mellor canto depende o ben de cada un e de todos da súa veracidade, de que non resulte enganosa a súa tarefa? Pero igualmente a Igrexa, onde nos relacionamos con Deus e aprendemos a vivir como irmáns; como non distinguir entre a fe, a esperanza e a caridade, e o escepticismo ou o egoísmo?

Vivimos igualmente a alegría profunda que significa a fraternidade, a entrega e o sacrificio, o amor ao próximo. Experimentamos a compaixón no sufrimento e a enfermidade, ante a soidade ou o abandono mesmo nos últimos momentos da vida. Gozamos do ben do compartir; sabemos con certeza que non podemos existir os uns sen os outros, aínda que o misterio de cada vida sexa singular. Tras o vivido e ao volver á normalidade, non deberíamos temer o risco de volver ao nihilismo, ao materialismo utilitarista, e rexeitalo case instintivamente, como inimigo do noso ben?

A pandemia devólvenos así de moitas maneiras á nosa responsabilidade persoal, ao desafío dun uso pleno da razón e a liberdade, a escoita verdadeira da nosa experiencia e da palabra do outro, á seriedade ante a propia vida e a do próximo.

En todo caso, e aínda que sexan moitos os temas abertos e diversos os modos de afrontalos, non podemos dispensarnos da reflexión sobre a experiencia que fixemos, sobre o que revelou da nosa maneira de vivir e de cumprir as nosas responsabilidades, sobre as urxencias e as prioridades que deben guiarnos en diante. É importante para cada un, e tamén para todos, para que sexa posible un diálogo e unha compañía real no camiño, de cuxa importancia hoxe non temos a menor dúbida. Deus queira sosternos a todos nesta tarefa.

II. A relación co Estado

Algunhas preguntas puideron xurdir en particular sobre a relación co Estado, debido a algúns xestos ou decisións súas que podían parecer non recoñecer a importancia para a persoa da fe cristiá, da participación na vida da Igrexa. Ata o de agora a limitación da liberdade de acción da Igrexa non constituíu entre nós un problema grave; pero a cuestión expúxose ás veces, xunto coa defensa doutras liberdades sociais.

En principio, a actuación da Igrexa neste tempo respectou en todos os países a competencia propia do Estado, que pode resumirse neste caso no coidado da «orde pública» necesaria para loitar contra a expansión do virus. Iso non significou, con todo, que se comprendeu a si mesma como unha «asociación» ou como unha institución asistencial entre as diversas que existen no Estado, como puido criticarse algunhas veces.

Aínda que a caridade —Caritas— sexa expresión do seu ser íntimo, a presenza da Igrexa na sociedade e a súa actuación durante a pandemia non se reducen ás múltiples formas do seu servizo aos necesitados. É ante todo un «Pobo», que camiña e vive unido os desafíos do momento, movido polas certezas da fe e o amor de Deus.

É posible que esta conciencia eclesial debера ser máis explícita e expresarse máis publicamente; pero quizá non pareceu imprescindible nun primeiro momento, nin a tarefa máis necesaria.

Con todo, é certo que as regulacións de orde pública adoptadas polas autoridades gobernativas por motivos sanitarios afectan tamén as formas concretas da vida e ás celebracións da Igrexa. Nalgún momento deron pé a dúbidas: respéctase a importancia que ten para os fieis a participación nas celebracións eclesiais? non se corre o risco de considerar atendida esta dimensión da vida sen ter en conta a súa natureza comunitaria, dicindo, por exemplo, que cada un pode rezar na súa casa?

Á hora de ponderar estas regulacións, é necesario ser conscientes de que se trata sempre de decisións prudenciais, determinadas

en principio pola urxencia de evitar o contaxio do virus; así como da importancia para o ben común de manter o respecto debido á orde pública.

Pero, en todo caso, pode ser útil lembrar que sería un erro grave na concepción do Estado non recoñecer plenamente o espazo da liberdade relixiosa e de conciencia. De feito, excedería das xustas competencias das autoridades políticas relativizar o significado esencial da vida relixiosa para as persoas —como outros dereitos fundamentais—, ou reduci-lo a fenómeno individual, non recoñecendo a súa dimensión comunitaria e pública.

Lembrar estes trazos fundamentais da vida dunha sociedade democrática non está de máis. De feito, a experiencia europea do último século, que conduciu ás actuais liberdades democráticas, mostrou a transcendencia de que o Estado non pretenda converterse na guía moral da sociedade, non tente impoñerlle a ideoloxía propia de quen dispón do poder público; senón que, ao contrario, defenda a liberdade relixiosa e de conciencia, para non caer no totalitarismo. Por outra banda, a historia xa longa da Igrexa católica nas nosas nacións fixo plenamente consciente ao Estado de que existe un ámbito de fe e de vida —individual e social— que non está sometido aos seus ditames nin se reduce ás

súas fronteiras, que é esencial para a persoa e que debe respectar. A presenza da Igrexa, e precisamente tamén na súa dimensión institucional, foi así, de feito, un baluarte da liberdade.

Desde a perspectiva eclesial, recoñecendo como obxectivo común o ben da persoa, o adecuado é sempre unha colaboración leal co Estado, o que implicará certamente saber cal é o lugar e a competencia de cada un, e estar aberto a un diálogo franco e respectuoso.

A Igrexa fíxoo sen dúbida neste tempo de pandemia, colaborando sistematicamente e recoñecendo as competencias governativas en todo o que, nestas circunstancias, implicaba a «orde pública», entendido en sentido lato.

Nalgúns casos, con todo, deuse un rexeitamento a determinadas regulacións, que non parecían aplicarse con xustiza á vida da Igrexa. De feito, algúns fieis —como sucedeu, por exemplo, en Francia, pero tamén en España— presentaron recurso ante os tribunais para defender os seus dereitos como membros da Igrexa. Hai quen pretendeu explicar a actuación do Estado nestes casos como consecuencia da perda de relevancia social do cristianismo, debida a unha secularización crecente; pero, aínda podendo ser en parte certo, ponse de manifesto así tamén a facilidade con que autoridades gubernativas entenden estes feitos desde unha perspectiva «laicista».

Porque a defensa da liberdade relixiosa e de conciencia pertence á natureza mesma da sociedade democrática, máis aló do número de persoas que confesan publicamente a súa fe.

Acudir aos tribunais, como sucedeu nestes casos, é signo de que os cristiáns viven no medio da sociedade, cuxas dinámicas boas promoven e respectan; e coa conciencia clara de que, defendendo a propia liberdade, tamén se fose necesario cos lexítimos medios xurídicos, defenden a liberdade de toda a sociedade, que pode estar ameazada. A posición adoptada polos bispos, que non foron os protagonistas deste recurso, pode ser máis ou menos acertada; pero certamente non significou unha renuncia á identidade da Igrexa, nin aceptar pensala como unha especie de organismo estatal.

En todo caso, a procura de colaboración por parte da Igrexa, a importancia dada aos espazos de encontro e do diálogo para a defensa da liberdade e dereitos da persoa, non deben malinterpretarse como un esquecemento da súa natureza íntima; ao revés, para a Igrexa compartir plenamente a vida da sociedade é proba da súa universalidade, da verdade da súa caridade, que é paciente, espera sempre.

Iso non quita que, tamén neste contexto, poida urxir igualmente unha reflexión segunda sobre a interpelación que significa esta crise sanitaria para a nosa sociedade e para as nosas liberdades, que moitos están xa expondo. Como tamén pode revelarse nece-

sario tomar máis conciencia de cal é e como se expresa a nosa presenza como Igrexa na sociedade e en relación co Estado. En particular, pode ser conveniente, de novo, poñer de manifesto o singular espazo de liberdade que representa na vida pública e ante o Estado a realidade da Igrexa católica, que non se define nin se goberna desde o poder civil; sobre todo se este tendese a interpretacións do seu poder, das súas competencias —por exemplo de orde pública—, que deixasen de respectar dereitos e liberdades.

Unha reflexión semellante, feita en referencia á experiencia concreta vivida neste tempo, proposta no momento oportuno, pode ser en todo caso un ben para a sociedade como tal e para o adecuado funcionamento do noso Estado. Aínda que, de feito, non parecese unha urxencia primeira neste tempo de sufrimento, provocado polo virus covid-19.

III. Entender As Nosas Prioridades

O conxunto da experiencia vivida no confinamento pide tamén de nós como Igrexa unha reflexión máis sistemática sobre a necesidade de conversión, referida non só a cada un —ás propias debilidades e medos, á falta de presenza ou de iniciativa—, senón tamén ás nosas estruturas e formas de actuación na sociedade, como Diocese e parroquias chamadas a unha «conversión pastoral».

Da experiencia vivida non debemos esquecer a alegría e o agradecemento experimentados ante o testemuño adulto de tantos fieis cristiáns; nin tampouco a vivencia de fraternidade e de comunión profunda que fixemos como Igrexa nestes días. Ambas as cousas poden axudarnos a entender mellor as prioridades da nosa acción pastoral en diante: a pertenza vivida á comunidade eclesial próxima e concreta, o amor fraterno expresado nas relacións cotiás, a unidade na fe alimentada na oración e as celebracións litúrxicas, o poder ser e vivir como cristiáns adultos no medio da sociedade, nas propias responsabilidades familiares, laborais e sociais. Que maior prioridade que a edificación deste

Pobo de Deus, da súa presenza entre as nosas casas, deste tesouro de humanidade feito posible pola Palabra e os sacramentos, pola graza do noso Señor?

Ao final, este foi o noso recurso e a nosa forza máis grande, coa que foi posible vivir este tempo de pandemia confiados en que «todo serve para o ben dos que aman a Deus»; e afrontar con esperanza non só o sufrimento, senón mesmo o misterio da morte, tan presente repentinamente ante os ollos de cada un e de todos, e ante a cal sen fe descubriamos que non hai resposta algunha.

Agora é tempo de axudarnos uns a outros a lembrar o máis valioso que vivimos, a seguir recoñecendo que somos membros deste Pobo de Deus e a vivir como tales, con conciencia esperta, constantes na esperanza e no amor fraterno, unidos na comunión do único pan eucarístico. Tras estes días, sabemos ben que cada un de nós importa, que cada xesto conta.

Demos grazas a Deus o noso Pai, porque a certeza do seu amor dá pleno sentido a cada día que vivimos, en toda circunstancia. Porque a nosa esperanza está no seu Fillo, que nos amou e se entregou por nós; de modo que o noso destino non o decide xa a fragilidade da nosa carne, mortal, como o virus nos lembrou. Porque o Amor misericordioso, co que o Señor Xesús nos enriquece, sálvanos da infidelidade e do egoísmo do noso corazón, e produce o milagre da nosa constancia na entrega, de que a nosa vida sexa fecunda en obras boas.

En toda circunstancia, e tamén agora, deamos grazas ao Señor, que venceu ao mundo e deunos, tras todas as tristezas, unha alegría que ninguén nos poderá quitar.

+ Alfonso Carrasco Rouco
Bispo de Lugo

SECRETARÍA GENERAL

Nombramientos

- 15/05/20 Josué Emmanuel Trujillo Núñez
Encargado temporal de San Fiz de Cangas, Santiago de Castellón, San Vicenzo de Castellón, Santo Estevo do Mato, San Vicenzo de Deade, San Xulián de Eiré, San Martiño de Pantón, San Xulián de Serode, Santo André de Següín, San Martiño de Siós, San Cibrao de Vilamelle
- 17/05/20 Ramón Piñeiro Campos
Administrador parroquial de Santo Estevo de Anllo
- 17/05/20 Raúl Álvarez Otero
Administrador Parroquial de San Pedro de Canaval, San Nicolao de Millán, Santa María de Proendos, San Miguel de Rosende y Santa María de Vilaescura
- 07/06/20 Carlos Eduardo Salazar Femayor
Administrador parroquial de San Vicenzo de Eirexa-feita y Santiago de Xuvencos
- 07/06/20 José Luis González Regueiro
Administrador Parroquial de San Pedro de Cereixa, San Xurxo de Eixón y Santa Comba de Fornelas
- 07/06/20 Jesús Antonio Trigo López
Administrador Parroquial de San Miguel de Braña y Santa María de Fonteó

- 07/06/20 Miguel Asorey Otero
Administrador Parroquial de Santiago de Martín y
Santa María Magdalena de Retizós
- 22/06/20 José Antonio Adrio Carballude
Cese de la parroquia de San Pedro
Cese de la Delegación de Juventud
- 05/07/20 Abraham Sánchez Pujante
Administrador Parroquial de San Xoán de Alto, San
Vicenzo de Burgo y San Martiño de Poutomillos
- 05/07/20 Josué Emmanuel Trujillo Núñez
Administrador parroquial de San Fiz de Cangas, San-
tiago de Castellón, San Vicenzo de Castellón, Santo
Estevo do Mato, San Vicenzo de Deade, San Xulián de
Eiré, San Martiño de Pantón, San Xulián de Serode,
Santo André de Següín, San Martiño de Síos y San
Cibrao de Vilamelle,
- 06/07/20 Alejandro Asorey Novoa
Vicario Parroquial de Santa Mariña de Chantada
- 11/07/20 Rodrigo Rúa Iglesias
Ecónomo Diocesano
- 11/07/20 Nicolás Susena Presas
Administrador parroquial de Santa Eulalia de Bolaño, San
Miguel do Camiño, Santiago de Castroverde, San Miguel
de Covelas, San Cibrao de Montecubeiro, Santa María
Madanela de Pena, San Xurxo de Rebordaos, San Pedro
de Serés, Santa María de Vilabade, San Pedro de Vilalle
- 11/07/20 Nicolás Susena Presas
Delegado Episcopal de Familia
- 11/07/20 Nicolás Susena Presas
Director de la Fundación Centro de Orientación Fami-
liar de la Diócesis de Lugo

- 11/07/20 Daniel Gil González
Párroco in solidum (miembro) de la parroquia de Santiago A Nova de Lugo
- 11/07/20 Carlos Presas Aguiar
Vicario parroquial de Nuestra Señora del Rosario de Sarria
- 11/07/20 Jorge Vázquez Freire
Cese Vicario Parroquial de Nuestra Señora del Rosario
- 11/07/20 Luis Varela Castiñeira
Vicerrector de los Seminarios Conciliares Mayor y Menor
- 11/07/20 Luis Varela Castiñeira
Delegado Episcopal de Juventud
- 11/07/20 Jesús López Pérez
Vicario Parroquial de San Pedro de Lugo
- 11/07/20 José Manuel Penela Campos
Administrador parroquial de San Pedro de Lugo
- 11/07/20 Daniel Gil González
Asesor Religioso de Cursos de Cristiandad
- 11/07/20 Jesús López Pérez
Confesor de las Hermanas de la Cruz
- 21/07/20 Jesús Río Ramilo
Administrador parroquial de Santa Baia de Bendollo, San Miguel de Montefurado, Santa María Vilaster
- 21/07/20 Lino Emir Smith
Administrador parroquial de Santa María de Bendilló, Santa Isabel de A Enciñeira, San Martiño de Peites, Santo Antonio Vilanuíde
- 21/07/20 Rodrigo Rúa Iglesias
Miembro nato Comisión de gestión Fondo «Sempre Xuntos»

- 21/07/20 Mónica Yáñez Devesa
Miembro nato Comisión de gestión Fondo «Sempre Xuntos»
- 21/07/20 Genoveva Romero Iglesias
Miembro designado como técnico de Cáritas para Comisión de gestión Fondo Sempre Xuntos»
- 21/07/20 José Antonio Ferreiro Varela
Miembro designado como director de Cáritas parroquial para Comisión de gestión Fondo «Sempre Xuntos»

Defunciones

- 28/05/20 Rvdo. D. Francisco Teijeiro Varela
- 20/06/20 Rvdo. D. Segundo Gómez Santoalla
- 10/07/20 Rvdo. D. José Goy López

NECROLÓXICAS

Rvdo. D. Francisco Teijeiro Varela

O Rvdo. D. Francisco Teijeiro Varela naceu na Parroquia de San Mamede de Agüela (Antas de Ulla) o día 25 de marzo de 1943.

Despois de realizar os Estudos Eclesiásticos no Seminario Diocesano de Lugo foi ordenado presbítero o día 18 de decembro de 1965 polo Dr. D. Antonio Ona de Echave.

No ano 1966 é nomeado Ecónomo de San Vicente de Villamor (Folgozo de Caurel) e en 1967 Ecónomo de San Martín de Asperelo (Rodeiro). No ano 1969 exerce como coadxutor da Parroquia da Milagrosa, na cidade de Lugo, actividade que compaxina coa de Mestre no Colexio Cervantes ata a súa xubilación civil.

Desde 1971 foi párroco de San Vicente do Burgo, de San Xoán de Alto e San Martiño de Poutomillos ademais de Asesor Relixioso do Colexio Cervantes.

Os seus compañeiros lembran con agarimo a súa cordialidade e capacidade de servizo. Despois dunha enfermidade cardíaca faleceu o día 28 de maio de 2020.

Descanse en paz.

Rvdo. D. Segundo Gómez Santoalla

Naceu o ano 1932 en Salvador de Insua e nese templo recibiu o sacramento do bautismo.

Aos 16 anos, en 1948, ingresa no Seminario Diocesano de Lugo coa intención de ser sacerdote e, despois de facer con éxito os estudos de bacharelato, filosofía e teoloxía foi ordenado presbítero polo Dr.

D. Antonio Ona de Echave, bispo auxiliar de Lugo, o 29 de xuño do año 1960, o curso máis numeroso dos últimos sesenta anos.

O seu primeiro destino é de coadxutor de Santa María de Tuiriz (Pantón).

En 1963 pasa a exercer o seu ministerio sacerdotal á República Arxentina a través da OCSHA.

Regresa a Lugo e fai un curso no Instituto teolóxico de Pastoral de Madrid.

En 1973 é Secretario do Secretariado Diocesano de Catequese.

Foi Párroco de Santa María de Bóveda, San Lourenzo de Recimil, San Vicente de Pedreda e San Xillao de Rubiás.

Cando se xubilou era Asesor Relixioso do Centro Infantil e Primaria Luís Pimentel das Gándaras.

Estivo un tempo na Residencia Sacerdotal en Lugo e os dous últimos anos da súa existencia pasounos no seu pobo natal de Tuiriz convivindo coa súa familia, que lle dedicou atención e agarimo.

Integrouse plenamente no Arciprestado, cunha participación, na medida das súas posibilidades, nos retiros, formación permanente e outras actividades como a peregrinación que fixeron todos os sacerdotes do Arciprestado á parroquia de Suegos visitando a igrexa e a casa onde naceu San José María Díaz Sanjurjo.

O fundamental foi a súa vida interior profunda. Don Segundo ensinou o que cría e viviu o que ensinaba.

Celebrouse o funeral en Tuiriz, presidido polo Sr. Bispo. Descanse en paz.

Rvdo. D. José Goy López

O Rvdo. D. José Goy López, naceu na Parroquia de Santa Mariña de Chantada o día 14 de xullo de 1933. Despois de cursar no Seminario Diocesano de Lugo cinco anos de Latín e Humanidades e tres

de Filosofía, realizou a Licenciatura en Sagrada Teoloxía na Universidade Pontificia de Salamanca. É ordenado sacerdote a petición propia na Diocese de Bilbao o día 8 de xullo de 1956 polo entón Bispo daquela Diocese, Dr. D. Pablo Gúrpide Beopoi. En novembro do mesmo ano foi nomeado Ecónomo da Parroquia de Santiago de la Vega, actividade pastoral que compaxina desde marzo de 1962 coa de encargado da Parroquia de San Julián de la Vega de Sarria.

En setembro de 1966 solicita autorización ao Bispo da Diocese, Dr. D. Antonio Ona de Echave para participar nas oposicións para Capeláns do Corpo Eclesiástico do Exército do Aire. Gracia que se lle concede o mesmo mes da data. En 1967 ingresa no Corpo de Capeláns do citado Exército do Aire onde desenvolveu un intenso traballo pastoral cos novos soldados e cos mandos do Exército, especialmente na cidade de Valladolid.

Xubilado como Capelán do Exército en 1996, regresou á Diocese e encoméndanselle as Parroquias de Santiago de Miraz, Santiago de Trasmonte e San Pelagio de Seijón (Friol). Posteriormente, en novembro de 1998 é nomeado administrador Parroquial de San Remigio de Bazar, San Pedro de Calde e Santa Eulalia de Esperante (Lugo).

No ano 2013 xubilase. Os últimos anos da súa vida foi coidado con agarimo na Residencia Sacerdotal do Seminario Diocesano. Dotado de boa capacidade intelectual, amante da vida e dos bos costumes, con gran celo apostólico e bo conversador, permaneceu fiel á vocación sacerdotal e aos traballos pastorais ata que minguaron as súas forzas.

Falece o día 10 de xullo de 2020. A Capela Ardente ten lugar na Parroquia do Bo Pastor de Lugo así como o funeral que se celebra o día 11 de xullo na citada Parroquia ás 17/30 presidido polo Excmo. e Rvdmo. Sr. D. Alfonso Carrasco Rouco, Bispo de Lugo.

Descanse en paz.

MAIO

Protocolo de prevención do contaxio nos lugares de culto da Diocese de Lugo

Tras decretar o 14 de marzo pasado o estado de alarma, para evitar a expansión do covid-19, o Goberno de España anunciou agora o levantamento paulatino das medidas restritivas. Dada a grave responsabilidade que supón previr o contaxio da enfermidade, lembramos a todos a necesidade de seguir as normas ditadas a este respecto polas nosas autoridades lexítimas. E establecemos as seguintes disposicións para a celebración do culto público nas nosas parroquias, encomendándoas á prudencia dos sacerdotes responsables e dos membros das súas comunidades.

I. Disposicións de carácter xeral

1. Segue vixente a dispensa do precepto dominical, concedida o pasado 13 de marzo. Recoméndase ás persoas que presenten síntomas ou sexan poboación de risco que sigan absténdose de acudir ao templo.
2. De maneira semellante, os sacerdotes pertencentes ao grupo de risco están eximidos das obrigacións de celebración do culto público nas súas parroquias.
3. Poderá congregarse ao Pobo de Deus para a celebración do culto público a partir do día 11 de maio, inicio da fase 1, respectando as seguintes condicións:

- 3.1. Garantírase que os espazos estean desinfectados conforme ás normas sanitarias antes de cada celebración.
- 3.2. Para a desinfección, utilídense produtos que non danen o mobiliario das igrexas. O Ministerio de Cultura recomendou recentemente o etanol, disolto ao 70%. En caso de utilizar outros produtos, compróbase antes a súa ficha técnica.
- 3.3. Ofreceráse á entrada do templo xel hidroalcohólico ou algún desinfectante semellante para as mans.
4. Nos horarios en que se ofrece acceso libre aos fieis para a oración, a porta do templo deberá estar aberta. Os espazos afectados serán desinfectados antes de cada apertura.
5. Para determinar a cabida e a distancia de seguridade, tomarase como referencia o indicado polas autoridades civís para cada fase (até agora 1/3 na primeira fase e 1/2 na segunda).
6. Pídese que, en xeral, os fieis fagan uso de máscara nas igrexas.
7. As pilas de auga bendita continuarán baleiras.
8. Recoméndase aos fieis non tocar retablos, imaxes ou outros obxectos artísticos.

II. Disposicións ao redor da celebración da Santa Misa

1. Persoas responsables ocuparanse de:
 - 1.1. A entrada ordenada dos fieis no templo, respectando a distancia de seguridade.
 - 1.2. O peche da porta de entrada, ao completar a cabida permitida.
 - 1.3. A distribución dos fieis no templo.
 - 1.4. A orde á hora de comulgar.
 - 1.5. A apertura da porta ao terminar a celebración e a saída ordenada dos fieis respectando a distancia de seguridade.

2. As portas das igrexas manteranse abertas á entrada e saída das celebracións.
3. Evitaranse os coros nas celebracións; recoméndase manter un só cantor ou algunhas voces individuais e algún instrumento. Non se distribuirán follas de cantos, pregos coas lecturas ou calquera outro obxecto de papel.
4. Non se pasará a cesta da colecta, senón que se advertirá aos fieis da súa colocación nun lugar determinado e facilmente accesible.
5. O cáliz, a patena e os copóns estarán cubertos coa *palia* durante a pregaría eucarística. Manteranse por separado a forma que sumirá o sacerdote e as formas para a comunión dos fieis.
6. O sacerdote celebrante desinfectará as súas mans ao empezar o canon da misa e, xunto cos demais ministros da comunión, antes de distribuíla.
7. Mantense a indicación de evitar dar a man e outras formas de contacto físico no rito da paz. Lémbrese que, segundo o previsto nas normas, é posible prescindir deste rito nas actuais circunstancias.
8. O diálogo individual da comunión (O Corpo de Cristo. Amén), será substituído pola oración que fará publicamente o sacerdote antes de comulgar (O Corpo de Cristo gárdenos para a vida eterna) ao que o pobo responderá en voz alta (Amén). A Eucaristía distribuirase logo en silencio.

III. Disposicións relativas a outras celebracións sacramentais

1. A celebración do Sacramento da reconciliación e os momentos de escoita dos fieis: ademais das medidas xerais, escollerase un espazo que permita manter a distancia social asegurando a confidencialidade. Tanto o fiel como o confesor deberán levar máscara. Ao acabar, aconséllase reiterar a hixiene de mans e a limpeza das superficies.

2. Bautismo: Rito breve. Nas uncións pódese utilizar un algodón ou bastonciño dun só uso, incinerándose ao terminar a celebración.
3. Matrimonio: Os aneis, arras, etc., deberán ser manipulados exclusivamente polos contraentes. Mantéñanse a debida prudencia na firma dos contraentes e as testemuñas, así como na entrega da documentación correspondente.
4. Unción de enfermos: Rito breve. Na administración dos óleos pode utilizarse un algodón ou bastonciño como se indicou anteriormente. Os sacerdotes moi maiores ou enfermos non deberían administrar este sacramento a persoas que están infectadas por coronavirus. En todo caso, obsérvense as indicacións de protección indicadas polas autoridades sanitarias correspondentes.
5. Exequias de defuntos: Os funerais e as exequias seguirán os mesmos criterios da misa dominical. Aínda que sexa difícil neses momentos de dor, convén lembrar a importancia de manter a distancia de seguridade. Deberán cumprirse as limitacións que establezan as autoridades sanitarias nos velorios e cemiterios.
6. Na celebración de bautismos, primeiras comunións, vodas ou funerais recoméndase ao párroco acordar en diálogo cos interesados a organización do servizo de orde, así como a cabida e as oportunas medidas de precaución.

IV. Utilización de dependencias parroquiais para reunións ou sesións formativas de acordo coas pautas indicadas na Previsión orientativa do Ministerio de Sanidade

1. Na primeira fase, poderán ter lugar reunións de menos de 30 persoas, en espazos pechados nos que non se supere 1/3 da cabida, e respectando a distancia de seguridade e a utilización de máscaras.
2. Na segunda fase, poderán ter lugar reunións de menos de 50 persoas, en espazos pechados nos que non se supere 1/3 da

cabida, e respectando a distancia de seguridade e a utilización de máscaras.

3. Na terceira fase, poderán ter lugar reunións de menos de 80 persoas, en espazos pechados nos que non se supere 1/3 da cabida, e respectando a distancia de seguridade e a utilización de máscaras. Todas estas medidas comezarán a aplicarse a partir do día 11 de maio, coincidindo co inicio da Fase 1. Serán revisadas puntualmente segundo a normativa emanada polas autoridades competentes.

A S. I. Catedral de Lugo reabriu o culto público o día 11

O horario das eucaristías na S. I. Catedral será ás 10 h e ás 12 h. A partir do día 17 tamén haberá misa ás 19 h.

O acceso realizarase pola porta principal (praza Pio XII)

Pídese a todos os asistentes que respecten as normas de prevención e hixiene establecidas. Entre elas sinalar que segue vixente a dispensa do precepto dominical, concedida o pasado 13 de marzo. Recoméndase ás persoas que presenten síntomas ou sexan poboación de risco que sigan absténdose de acudir ao templo; pídese que, en xeral, os fieis fagan uso de máscara nas igrexas; respectar a cabida indicada polas autoridades civís para cada fase.

PROTOCOLO DE PREVENCIÓN establecido pola Diocese de Lugo

I. Disposicións de carácter xeral

1. Segue vixente a dispensa do precepto dominical, concedida o pasado 13 de marzo. Recoméndase ás persoas que presenten síntomas ou sexan poboación de risco que sigan absténdose de acudir ao templo.

2. De maneira semellante, os sacerdotes pertencentes ao grupo de risco están eximidos das obrigacións de celebración do culto público nas súas parroquias.
3. Poderá congregarse ao Pobo de Deus para a celebración do culto público a partir do día 11 de maio, inicio da fase 1, respectando as seguintes condicións:
 - 3.1. Garantirase que os espazos estean desinfectados conforme ás normas sanitarias antes de cada celebración.
 - 3.2. Para a desinfección, utilídense produtos que non danen o mobiliario das igrexas. O Ministerio de Cultura recomendou recentemente o etanol, disolto ao 70%. En caso de utilizar outros produtos, compróbase antes a súa ficha técnica.
 - 3.3. Ofrecerase á entrada do templo xel hidroalcohólico ou algún desinfectante semellante para as mans.
4. Nos horarios en que se ofrece acceso libre aos fieis para a oración, a porta do templo deberá estar aberta. Os espazos afectados serán desinfectados antes de cada apertura.
5. Para determinar a cabida e a distancia de seguridade, tomarase como referencia o indicado polas autoridades civís para cada fase (até agora 1/3 na primeira fase e 1/2 na segunda).
6. Pídese que, en xeral, os fieis fagan uso de máscara nas igrexas.
7. As pías de auga bendita continuarán baleiras.
8. Recoméndase aos fieis non tocar retablos, imaxes ou outros obxectos artísticos.

II. Disposicións ao redor da celebración da Santa Misa

1. Persoas responsables ocuparanse de:
 - 1.1. A entrada ordenada dos fieis no templo, respectando a distancia de seguridade.

- 1.2. O peche da porta de entrada, ao completar a cabida permitida.
- 1.3. A distribución dos feis no templo.
- 1.4. A orde á hora de comulgar.
- 1.5. A apertura da porta ao terminar a celebración e a saída ordenada dos feis respectando a distancia de seguridade.
2. As portas das igrexas manteranse abertas á entrada e saída das celebracións.
3. Evitaranse os coros nas celebracións; recoméndase manter un só cantor ou algunhas voces individuais e algún instrumento. Non se distribuirán follas de cantos, pregos coas lecturas ou calquera outro obxecto de papel.
4. Non se pasará a cesta da colecta, senón que se advertirá aos feis da súa colocación nun lugar determinado e facilmente accesible.
5. O cáliz, a patena e os copóns estarán cubertos coa *palia* durante a pregaria eucarística. Manteranse por separado a forma que sumirá o sacerdote e as formas para a comunión dos feis.
6. O sacerdote celebrante desinfectará as súas mans ao empezar o canon da misa e, xunto cos demais ministros da comunión, antes de distribuíla.
7. Mantense a indicación de evitar dar a man e outras formas de contacto físico no rito da paz. Lémbrese que, segundo o previsto nas normas, é posible prescindir deste rito nas actuais circunstancias.
8. O diálogo individual da comunión (O Corpo de Cristo. Amén), será substituído pola oración que fará publicamente o sacerdote antes de comulgar (O Corpo de Cristo gárdenos para a vida eterna) ao que o pobo responderá en voz alta (Amén). A Eucaristía distribuirase logo en silencio.

A revista *Lvcensia* publicou o seu número 60

Lvcensia celebrou os seus 30 anos de existencia cun volume con variedade de temas, como é habitual, e cun entrañable recordo do que foi a presentación do primeiro número de *Lvcensia*. Acontecemento que tivo lugar na sala de lectura da Biblioteca do Seminario no outono de 1990, como se quixo reflectir na portada do número 60 nunha pequena homenaxe aos seus fundadores. Moitas foron as dificultades ás que se tivo que enfrontar *Lvcensia* ao longo da súa historia pero sempre saíu adiante grazas en gran parte ao inestimable apoio da Diocese e por suposto ao interese de colaboradores, lectores e subscritores, apoios hoxe en día imprescindibles.

En canto aos contidos, outro aniversario importante é o centenario do nomeamento de frei Plácido Rei Lemos como bispo de Lugo, celebrado o ano pasado, ao que se lle dedican varias páxinas neste número por parte de Gonzalo Fraga e José Ramón Figueiredo. E seguindo con aniversarios, *Lvcensia* faise eco da primeira exposición de pintura galega celebrada no Círculo das Artes de Lugo, da man de Carlos Gegúndez.

Importante tamén é a orixe das coleccións incorporadas ao fondo do Museo de Lugo, como pon de manifesto Aurelia Balseiro presentando un traballo cuxo obxectivo «baséase en mostrar os principais conxuntos de bens culturais, en orixe pertencentes a coleccionistas concretos, posteriormente incorporados a este museo, así como a súa forma de ingreso, integración ou adaptación entre as coleccións museísticas propias».

A figura de Carvalho Calero, autor homenaxeado este ano no día das Letras Galegas, é o centro de dous artigos presentados, un deles pola directora do Colexio Fingoi, Siña Fernández e María Casar, profesora do mesmo, onde exerceu como director, e outro por Luisa Doval que recolle o testemuño dos libros escritos e dedicados por alumnos e amigos que están na Biblioteca do Seminario de Lugo.

Abel Vilela segue investigando no Camiño Primitivo, colabora neste número falando sobre as capelas de San Pedro de Fóra, Virxe do Camiño, Casa da Concha e os hospitais da Ponte e da Porta Falsa.

Outros artigos centrados na historia de Lugo e a súa provincia, son os presentados por Ernesto Iglesias, que estuda a presenza dos xudeus en Monforte; Óscar González realiza un rigoroso estudo sobre o antigo arciprestado de Luaces e Gonzalo Fraga recolle os arrendamentos do cabido catedralicio de Lugo.

XUÑO

O Bispo de Lugo felicitou a Monseñor Jesús Fernández, novo bispo de Astorga

A Santa Sé fixo pública a elección de monseñor Jesús Fernández González, bispo auxiliar de Santiago de Compostela, como bispo da diocese de Astorga. E tras este anuncio, o bispo de Lugo manifestou a súa felicitación e agradeceu ao Papa Francisco a confianza depositada en Monseñor Jesús Fernández para presidir a Igrexa irmá de Astorga. O prelado lucense estendeu esta felicitación á diocese leonesa.

De igual maneira, Monseñor Alfonso Carrasco expresou o seu «máis cordial recoñecemento e agradecemento a Don Jesús polos seis anos como bispo auxiliar de Santiago de Compostela, nos que traballamos xuntos polo ben do pobo de Deus».

O Bispo de Lugo asegura a Don Jesús a oración por el «rogando á Nosa Señora dos Ollos Grandes e a San Froilán que o protexan e guíen neste novo encargo».

Monseñor Jesús Fernández González foi nomeado bispo auxiliar de Santiago de Compostela polo Papa Francisco o 10 de decembro de 2013. Recibiu a ordenación episcopal o 8 de febreiro de 2014 na

catedral de Santiago de Compostela de mans do arcebispo Mons. Julián Barrio Barrio.

Solemidade do Corpus Christi na catedral de Lugo

O 14 de xuño, ás 11 h, na S. I. Catedral de Lugo, o Bispo da Diocese, Mons. Alfonso Carrasco, presidiu a Solemne Eucaristía de Corpus.

Acompañaron a celebración un grupo de cantores do Orfeón Lucense e da coral Xeral-Calde.

Na súa homilía, o Bispo de Lugo, Mons. Alfonso Carrasco Rouco, comezou dicindo que celebramos o Corpus con alegría: «as formas das nosas tradicións, as expresións da nosa devoción non están presentes, pero a alegría coa que celebramos hoxe o Corpus, é quizais aínda máis grande, porque proclamamos a esperanza da vitoria que vén do Señor, que é na que cremos».

«Este tempo que nos puxo en cuestión, un tempo singular pola súa dificultade e as súas ameazas, pero que hoxe celebramos con loanza: todas estas cousas pasarán, porque non son o que nos define; o que vén deste mundo non nos define. Hoxe reunímonos para proclamar a alegría da esperanza. A vida que a natureza nos dá ten os seus límites, pero sabemos que non imos desaparecer senón que hoxe celebramos quen somos realmente e que pertencemos ao Señor. A Aquel que deu a vida ao mundo entregando a súa carne, e que está connosco sempre. Celebramos unha esperanza inmensa que ilumina a vida, que non se perde, senón que está destinada a salvarse.

«Neste día en que celebramos o Amor verdadeiro, o que dá vida, celebramos que ningunha circunstancia nos derrotará. O que a natureza nos pode quitar, non nolo pode quitar para sempre. O máis grande que temos non o perderemos nas mans do Señor».

Finalizou a súa homilía pedindo ao Señor que nos «libere dos males do corpo e da alma, pidámoslle esperanza, fe do corazón,

que permanezamos unidos a El: pidámoslle que, se caemos, nos recolla; que nos encha de amor, de caridade para estar a carón dos irmáns, e que nos axude a loitar cando sexa difícil a tarefa; que nos conserve unidos a El porque así non perderemos nada do que verdadeiramente nos importa (...) e deámoslle grazas pola esperanza coa que sostivo e acompañou a tantos nestes momentos de pandemia (...) pedímoslle e rezamos, dando grazas por estar connosco, porque nos consola e dános esperanza dunha vida definitiva».

O Bispo de Lugo presidiu un funeral polos defuntos da Diocese falecidos durante o tempo da pandemia

A iniciativa do Bispo de Lugo, Mons. Alfonso Carrasco Rouco, a S. I. Catedral de Lugo acolleu o 18 de xuño unha Misa Funeral polo eterno descanso dos falecidos durante a corentena imposta polo Covid-19.

«Un funeral é unha celebración na que facemos verdade que a morte foi situada por Xesucristo no seu lugar e que, por tanto, non ten a última palabra sobre a persoa», asegurou Mons. Carrasco. Con esta conciencia, a Diocese de Lugo acolleu a invitación do prelado e participou nesta solemne celebración, presencialmente ou desde as súas casas ou parroquias.

Ofrenda do Antigo Reino de Galicia ao Santísimo Sacramento

Ás 12 da mañá comezaba na Catedral de Lugo a cerimonia da Ofrenda do Antigo Reino de Galicia ao Santísimo Sacramento, que vén celebrando desde 1669. Este ano correspondíalle á cidade de Lugo a presentación desta Ofrenda.

O Bispo de Lugo, Mons. Alfonso Carrasco Rouco, presidiu a Eucaristía na que concelebraron o resto dos bispos galegos, e o bispo electo de Astorga. Acompañaron á oferente, a alcaldesa da cidade de Lugo, Lara Méndez, os alcaldes e representantes das sete cidades do antigo Reino de Galicia; así como outras autoridades civís e militares.

Na contestación á Ofrenda, o bispo de Lugo, Mons. Carrasco Rouco comezou a súa homilía manifestando o seu agradecemento á alcaldesa oferente a presentación da ofrenda «que asumiu esta responsabilidade nun ano tan extraordinario como este 2020, en que o mundo e tamén Galicia sofre esta pandemia provocada polo covid-19 (...) na orixe deste singular privilexio eucarístico, segundo unha vella tradición, houbo outra opción, un xesto de liberdade tamén en tempos difíciles (...) a opción que levou aos nosos pais a pór un signo eucarístico no centro do Altar maior da súa igrexa principal, foi reconecer outro camiño: O do fillo de Deus que se fixo carne, e na súa carne realizou a salvación, levouna á gloria e á resurrección. Entenderon que non se bastaban a si mesmos, que non era suficiente organizar ben as súas forzas, que a resposta ao enigma da vida viña dun don, dun amor».

Continuou dicindo que «o Señor no Altar maior é a afirmación do valor da nosa humanidade, da carne e do sangue en que se realizará a salvación. É a defensa do humilde, do que chora, do que busca a paz, do que é misericordioso e manso, do que non nega a fe do corazón, do que confía en Deus Pai. É a vitoria do humilde, do que reconece que non pode darse a vida, que as súas forzas non abundan para asegurarlle o ben que desexa para si mesmo, para a súa familia e para a súa terra. É a vitoria dos sinxelos de corazón, que reconecen a verdade manifesta tan humanamente en Xesús (...) Así se irá conformando moito mellor o pobo galego. Que pode afirmar sen medo a vida e a dignidade da propia existencia, que non teme ao traballo e vive no medio da natureza con realismo, que sabe compartir as penas e as alegrías, que sabe pór a mesa e abrirlle a casa aos seus, aos veciños, aos invitados. Que non pecha a porta ao necesitado, senón que o atende e recolle. Que coida de pais e avós, que non abandona aos seus nas dificultades ou na enfermidade. Que se alegra polo esplendor da humanidade dos seus propios patróns, en quen ve a certeza das promesas cumpridas e axuda constantemente no camiño; que celebra as súas festas sen medos, lixeiros de corazón, compartindo a fe e a caridade, o agradecemento e a alegría de vivir»

Finalizou resaltando que neste tempo difícil: «recollamos de novo o desafío que expresan as palabras coas que os nosos antepasados acompañaron este signo eucarístico: *aquí profesamos con firmeza este misterio da nosa fe* (...) Todos os esforzos son benvidos, todos os traballos necesarios. Todas as colaboracións son causa de alegría e alixeiran o camiño. Cada xesto conta, cada palabra de consolo, cada momento de compañía. Nestes días aprendamos de novo, ás veces con dor, que é decisivo dicir sempre: cada un importa».

O Bispo de Lugo constituíu un fondo diocesano para atender as necesidades caritativas máis urxentes

Nunha carta pastoral o Bispo de Lugo explicou como xorde e cal é o obxectivo deste fondo diocesano destinado a facer fronte ás necesidades caritativas das parroquias.

«A nova situación en que nos atopamos, as necesidades están a crecer, debido á crise económica e social xerada polo confinamento, afectando á vida cotiá de persoas e familias. Por iso, pareceunos corresponder á vontade inicial dos doantes ampliar agora os obxectivos aos que está destinado o Fondo *Sempre Xuntos*, converténdoo nun Fondo diocesano máis permanente, vinculado ás necesidades caritativas máis urxentes das nosas parroquias.

«Nesta nova normalidade que agora comezamos necesitaremos que sexa verdade o lema de *Sempre Xuntos*, para non deixar atrás a ninguén, e experimentar esta comunión cristiá de bens, nacida da liberdade da fe».

O fondo está dotado dunha cantidade inicial de 100.000 €. Tal e como explica Mons. Carrasco na carta adxunta: 44.000 € proveñen da campaña *Sempre Xuntos* (iniciativa do clero diocesano); 32.000 € de achega da Diocese de Lugo; e 24.000 € achegados por Cáritas Diocesana.

Continuación das visitas turísticas-culturais á S. I. Catedral de Lugo

O 1 de xullo reanudáronse as visitas turístico-culturais á S. I. Catedral de Lugo co seguinte horario:

- De luns a xoves: de 11 a 17 h
- De venres a sábado de 11 a 19 h

Os espazos visitables son: capelas e Altar Maior, o claustro, o Museo Diocesano Catedralicio e as torres.

Téñense en conta todas as medidas hixiénicas e de seguridade establecidas (xel, máscara, cabida limitada), e ademais, aquelas implementadas pola propia empresa xestora das visitas como son: a posibilidade de acceder á información da visita a través dun código QR se non se desexa utilizar a audioguía, ou a adquisición das entradas en liña a través de www.catedraldelugo.es

XULLO

Ordenación Sacerdotal de Alejandro Asorey e Carlos J. Sánchez

O sábado 4 de xullo na S.I. Catedral B. de Lugo celebrouse a ordenación sacerdotal de Alejandro Asorey e de Carlos J. Sánchez.

Alejandro Asorey Novoa. É natural da Parroquia de Santa María de Donramiro, ten 26 anos. Estudou primaria no Colexio Comarcal de Lalín. No Seminario Diocesano de Lugo cursou ESO, Bacharelato e, os estudos eclesiásticos. Encargouse da librería do Seminario. Tras realizar prácticas pastorais nas parroquias de San Lourenzo de Albeiros (Lugo) e San Miguel de Monterroso, colaborou na Unidade Pastoral de Chantada.

Carlos Jesús Sánchez Márquez. Naceu en Lugo o 9 de xaneiro de 1995. Ten 25 anos. Pertence á Parroquia Santiago a Nova. Realizou os estudos primarios no Colexio dos Maristas. No ano 2007 empezou os seus estudos secundarios no Seminario Menor e cando rematou o Bacharelato, foi admitido no Seminario Maior no ano 2013. Realiza estudos de Filosofía na universidade San Dámaso e colabora na parroquia Nosa Señora da Asunción de Aravaca.

A celebración foi retransmitida a través da canle de YouTube da Diocese de Lugo.

Envellecemento Activo

O COF diocesano de Lugo e o Instituto da Familia puxeron en marcha en Lugo o programa «Envellecemento activo». É unha proposta de coidado integral ás persoas maiores e xubiladas coa que, a través de talleres experienciais, achégase aos asistentes unha serie de ferramentas para levar unha vida máis plena.

Comezouse o día 15 na parroquia de San Francisco Javier e houbo unha segunda sesión o 22 de xullo.

Este programa ofreceu talleres impartidos por diversos especialistas nos que se desenvolveron as potencialidades creativas dos asistentes a través da maxia, traballouse o desenvolvemento da memoria autobiográfica positiva ou a axuda mutua; tamén se impartiu un taller de nutrición saudable.

O programa é totalmente gratuíto para os asistentes.

Xornada polos afectados da pandemia

A Diocese de Lugo sumouse á celebración da Xornada polos afectados da pandemia o día 26 de xullo. O bispo, Mons. Alfonso Carrasco, presidiu a eucaristía na S. I. Catedral, celebración que puido seguirse tamén a través da canle da Diocese en YouTube.

As pretensións desta xornada eran:

- Ofrecer a Santa Misa polo eterno descanso de todos os defuntos, e pedir a Deus consolo e esperanza para os seus familiares.
- Rezar por todos os que foron contaxiados e as súas familias.
- Rezar polos maiores, en especial, polos que están sós ou en residencias.
- Rezar para pedir ao Señor luz, comunión e entrega fraterna ante a crise social e económica provocada pola pandemia e o confinamento.
- Dar grazas a Deus polo traballo, sacrificio e esforzo de tantas persoas, tanto no ámbito civil, como nas nosas comunidades eclesiais.
- E como o 26 de xullo celebrábase o día dos avós, dar grazas a Deus e pedir unha bendición especial para eles, recoñecendo o gran papel que exercen na vida familiar.

AGOSTO

Festival Musical da Asunción

Os días 10, 11 e 12 de agosto tivo lugar o primeiro Festival Musical da Asunción na cidade de Lugo.

Con este festival pretendíase destacar e solemnizar a celebración da festividade da Asunción, solemnidade de Nosa Señora dos Ollos Grandes, titular da S. I. Catedral de Lugo e patroa da cidade e da Diocese. E ao mesmo tempo retomábase a actividade musical propia da Diocese suspendida por mor da emerxencia sanitaria (non se puido celebrar o tradicional Festival Internacional de órgano do Corpus Christi de Lugo, nin o Curso de Música Litúrxica do Corpus Christi).

O Festival incluiu tres concertos:

- O primeiro o 10 de agosto, ás 20.45 h na S. I. Catedral de Lugo, contou coa participación de dúas notables voces solistas femininas e o acompañamento ao órgano de Giulio Mercati. O programa dedicouse en boa parte á liederística sacra romántica, con amplas referencias marianas.
- O concerto do día seguinte foi na capela do Seminario Diocesano, e nel interpretáronse a *Missa Brevis* de Palestrina e pezas organísticas de autores modernos e románticos como Duruflé, Karg-Elert e Reger.
- A S. I. Catedral de Lugo acolleu o último concerto, no que se evocou unha liturxia dos tempos de Johann Sebastian Bach, a quen se dedicou enteiraamente o programa, con pezas para órgano só e unha serie de cinco corais expostas primeiramente en forma de paráfrase organística.

A Diocese de Lugo e o Cabido da Catedral de Lugo foron os organizadores do Festival, que estivo patrocinado polo Concello de Lugo, (Área de Cultura, Turismo e Promoción da Lingua) e contouse coa colaboración do Seminario Diocesano de Lugo.

Provincia Eclesiástica de Santiago



- Nota pastoral dos Bispos da Provincia eclesiástica de Santiago de Compostela sobre a participación na Eucaristía dominical

Nota pastoral dos Bispos da Provincia eclesiástica de Santiago de Compostela sobre a participación na Eucaristía dominical

Desde o inicio da crise sanitaria provocada polo virus COVID-19 e de acordo cos protocolos sanitarios establecidos polas autoridades, os Bispos de Galicia, pensando no maior ben e na tranquilidade de conciencia dos fieis, procedemos a dispensar da obrigaición da asistencia a Misa os domingos e días de precepto, vivida desde sempre nesta gran familia que é a Igrexa católica.

Debido ao estado de alarma, durante estes últimos meses paralizáronse moitas das actividades pastorais habituais e mesmo houbo templos pechados. Nestas circunstancias, a nosa Igrexa tentou facerse presente a través do ministerio dos sacerdotes, de membros da vida consagrada e de laicos comprometidos nas tarefas eclesiais. Puidemos constatar con admiración e sorpresa como o enxeño creativo de moitos se reactivou e buscou os modos de que os fieis sentisen próxima a presenza e a solicitude da Igrexa, axudándolles a manter viva a esperanza e a piedade, de maneira especial a aqueles que viven en soidade e en situacións máis vulnerables. Utilizando en particular os medios telemáticos dispoñibles na actualidade, puxéronse ao dispor de todos materiais litúrxicos e catequéticos, que fixeron posible a vivencia do domingo no marco do fogar cristián.

Así, aínda que é certo que o noso pobo fiel viviu con desconcerto un inesperado xaxún eucarístico, podemos constatar que a dura experiencia que supuxo o confinamento social consecuencia da

pandemia levounos a unha vivencia singular do día do Señor, non á súa supresión: fomos testemuñas dunha verdadeira peregrinación chea de fe *do templo á casa, da igrexa parroquial á Igrexa doméstica*. Non houbo un esquecemento do día do Señor, o *dies Domini*. As retransmisións televisivas, ou a través de internet, achegaron a todos os fogares as Eucaristías dominicais e festivas, incluso a Eucaristía diaria, así como acontecementos de especial transcendencia eclesial como as celebracións de Semana Santa e os actos presididos polo papa Francisco.

Na actualidade, grazas a Deus, foron xa levantadas as prohibicións que afectaban á nosa habitual mobilidade, aínda manténdose a esixencia de moitas cautelas. Por este motivo, parécenos necesario dirixirnos agora a vós para levantar tamén a dispensa antedita, de modo que todos, na medida das nosas posibilidades e cos coidados debidos, renovemos con alegría e esperanza o antiquísimo costume eclesial de participar na Misa dominical e festiva cunha presenza física e real, no seo das nosas comunidades de referencia.

A participación activa na Eucaristía dominical nunca foi para nós só un costume ou un mero deber, senón a celebración da comunión con Cristo e cos irmáns (cf. LG 7), *no día en que Cristo venceu á morte e fíxonos partícipes da súa vida inmortal*. Cada celebración dominical, presididos polo sacerdote e convocados como Pobo de Deus ao redor da mesa do altar, as palabras de Xesús, «facede isto en memoria miña» (cf. Lc 22, 19; 1Cor 11, 24-25) foron sempre moito máis que un simple recordo ou unha repetición dos seus xestos e palabras. Foron e son unha verdadeira acción de grazas e encomio, presenza actual e viva de Cristo pola forza da súa Palabra e do seu Espírito, *memorial de Cristo, da súa vida, da súa morte, da súa resurrección e da súa intercesión xunto ao Pai*.

Agora, tras o tempo de confinamento, podemos valorar mellor a graza grande de vivir a Eucaristía en comunidade, sobre todo o domingo e os días de precepto; e experimentar a alegría de ser

membros da gran familia da Igrexa católica, vivindo como irmáns, unidos sempre, pero sobre todo nas dificultades. A vivencia presencial da Eucaristía dominical ten unha importancia decisiva para a fe de cada un e *fundamenta e confirma toda a práctica cristiá*.

Celebrar cada domingo a Eucaristía na comunidade parroquial ou na comunidade de referencia da unidade pastoral sostén a nosa esperanza ante a vida e ante a morte, e fortalece o compromiso da caridade. Comulgar a Cristo, Pan de Vida, introdúcenos á máxima unión co Fillo de Deus e coa Igrexa e, por tanto, cos nosos irmáns. Non se pode compartir o pan eucarístico sen compartir o pan cotián. Deste xeito, a vida enteira do crente vaise facendo expresión da entrega do Señor pola salvación de todos, especialmente daqueles que máis o necesitan.

De feito, durante as semanas máis duras do confinamento puídemos ver multitude de xestos de fraternidade nas parroquias cara ás persoas máis afectadas pola pandemia: o esforzo que se fixo e fai nos comedores de Cáritas, a repartición de alimentos nas parroquias, a preocupación polos enfermos e anciáns, a proximidade cara ás familias recluídas nas súas casas... e moitos outros que permaneceron e permanecen no anonimato. Para non esgotarnos nin rendernos no necesario esforzo que temos que facer ante as dramáticas consecuencias socio-económicas que se derivarán da crise sanitaria, os fieis cristiáns temos que alimentar o exercicio da caridade, especialmente na celebración dominical, porque a Eucaristía acende e *arrastra aos fieis á caridade de Cristo, e por si mesma convértese en escola de amor activo ao próximo, que impulsa a todo o que cre nel a facerse pan partido para os demais e, por tanto, a traballar por un mundo máis xusto e fraterno*.

Así pois, participemos de novo na celebración do domingo, día do Señor, como o día en que a nosa fe nútrese co Pan da Palabra e da Vida: só así a nosa existencia como cristiáns será prolongación vital do amor de Deus *derramado nos nosos corazóns co Espírito Santo que se nos deu* (Rom 5, 5).

A singular experiencia do confinamento foi, sen dúbida, unha invitación para deternos e a pensar no noso modo de vivir; e, en particular, unha ocasión para comprender mellor a importancia que ten para cada un a celebración do domingo. Agora é tempo de saír de novo, coas medidas sanitarias esixidas, e de celebrar xuntos a Santa Misa, con paz e alegría, con calidade litúrxica e calidez humana a Eucaristía dominical cos irmáns na fe, presididos polos nosos sacerdotes. Así, participando nas nosas comunidades e parroquias, poderemos afrontar os desafíos do noso tempo alentados polo Espírito do Resucitado sostidos polo gozo de celebrar presencialmente no templo o día do Señor, e pola comunión nas riquezas de vida e de caridade que nos ofrece a Eucaristía.

Que Santa María, Nai de Deus e Nai nosa, e os nosos santos patróns, o Apóstolo Santiago, San Rosendo, San Martiño, San Froilán, San Telmo, protexan e amparen as nosas comunidades e parroquias, gárdennos unidos nas alegrías e nas adversidades, e sexan o noso auxilio para librarnos desta pandemia e de todo mal, para que nos nosos corazóns consérvense sempre a fe, a paz e o amor fraterno.

Santiago de Compostela, 25 de xullo de 2020.

- + Julián, Arcebispo de Santiago
- + Luis, Bispo de Tui-Vigo
- + Alfonso, Bispo de Lugo
- + José Leonardo, Bispo de Ourense
- + Luis Ángel cmf, Bispo de Mondoñedo-Ferrol

- Nota de prensa de la Comisión Permanente de la Conferencia Episcopal Española

Nota de prensa de la Comisión Permanente de la Conferencia Episcopal Española

La Comisión Permanente de la Conferencia Episcopal Española (CEE) ha tenido su reunión número 253, en Madrid los días 6 y 7 de julio de 2020.

Temas de la reunión

El confinamiento decretado con la declaración del estado de alarma ha llevado consigo la paralización de muchas actividades pastorales y la suspensión de la convocatoria pública de la celebración de la Eucaristía, como consecuencia de la recomendación sanitaria y gubernamental de permanecer en casa. Al no poder participar la inmensa mayoría del pueblo de Dios en la Misa dominical, la Comisión Ejecutiva de la CEE, en su reunión del 13 de marzo, víspera de la entrada en vigor del estado de alarma, recomendó que «durante este tiempo cada Obispo pueda dispensar del precepto dominical a quienes no participen presencialmente en la Eucaristía por estos motivos».

El pueblo de Dios ha vivido un sorprendente ayuno eucarístico que ha avivado el deseo del encuentro con el Señor en la escucha de la Palabra, en la oración doméstica y en el servicio a los pobres. Incluso las celebraciones a través de los medios nos han ayudado a reconocernos como pueblo de la Eucaristía que experimenta que

sin el Domingo no puede vivir. Parece muy conveniente impulsar esta experiencia de profundización en el significado de la celebración eucarística, sacramento de nuestra fe y fuente viva de amor fraterno y de esperanza.

Por ello, finalizado el estado de alarma y modificadas las circunstancias, conviene animar al pueblo de Dios a la celebración presencial de la Eucaristía, especialmente el Domingo, con las prudentes medidas de prevención de contagios. Por ello, la Comisión Permanente de la CEE recomienda a los Obispos, teniendo en cuenta las circunstancias de sus Diócesis, proponer el criterio habitual de la Iglesia respecto a la participación de los fieles en la Misa dominical recogido en el Catecismo de la Iglesia Católica (2180-2183).

Este nuevo impulso, prudente por la pandemia que permanece entre nosotros, ha de recordar la llamada a todo fiel católico a participar, de manera presencial, en la celebración común de la Eucaristía dominical como testimonio de pertenencia y fidelidad a Cristo y a su Iglesia.

Congreso de Laicos

El presidente de la Comisión Episcopal para los Laicos, Mons. Carlos Escribano ha informado, junto al director del Secretariado de la Comisión, Luis Manuel Romero sobre el resultado y el trabajo realizado durante este tiempo para poner en marcha las conclusiones de la ponencia final del Congreso de Laicos «Pueblo de Dios en Salida» que se celebró el pasado mes de febrero.

Se ha presentado una guía de trabajo que recoge las aportaciones que se hicieron en el Congreso de laicos enmarcadas en el contexto teológico y antropológico. Tomando como punto de partida este trabajo, se ha hecho una propuesta metodológica sobre como hacer el postcongreso siguiendo los cuatro itinerarios que lo marcaron: primer anuncio, acompañamiento, proceso formativo y pre-

sencia en la vida pública. La Comisión Permanente ha acordado la creación de un consejo asesor de laicos que asesoren sobre el modo de llevar adelante todas estas iniciativas.

En otro orden de cosas, la C.E. para los Laicos y Familia y vida y la C.E. de Pastoral Social y Promoción Humana, ha presentado el borrador de una nota pastoral con motivo de la celebración los próximos días 25 y 26 la Jornada por los afectados de la pandemia, poniendo una mirada especial en la situación de los ancianos que han sufrido las consecuencias más dramáticas de esta situación. La posibilidad de un documento pastoral sobre la ancianidad en la sociedad y en la Iglesia se seguirá estudiando en la Comisión Episcopal.

Otros temas del orden del día

La Comisión Permanente ha aprobado el calendario de reuniones de los órganos de la Conferencia Episcopal Española para el año 2021. Los ejercicios espirituales tendrán lugar del 10 al 16 de enero. Las Asambleas Plenarias del 19 al 23 de abril y del 15 al 19 de noviembre. Y las reuniones de la Comisión Permanente serán del 23 al 24 de febrero, del 22 al 23 de junio y del 28 al 29 septiembre. Además, han recibido información sobre distintos temas de seguimiento.

También se ha informado a la Comisión Permanente sobre el trabajo realizado por TRECE TV y COPE durante el tiempo de la pandemia, facilitando el acceso a las celebraciones religiosas de la Santa Sede, de manera especial durante la Semana Santa y otras convocatorias eclesiales.

Nombramientos

La Comisión Permanente ha confirmado, por un periodo de cuatro años, a los directores de secretariados de las siguientes Comisiones y Subcomisiones Episcopales:

- Jesús Pulido Arriero, como director del Secretariado de la Comisión Episcopal para la Doctrina de la Fe.
- Rafael Vázquez Jiménez, como director del Secretariado de la Subcomisión Episcopal para las Relaciones Interconfesionales y Diálogo Interreligioso.
- Juan Luis Martín Barrios, como director del Secretariado de la Comisión Episcopal para la Evangelización, Catequesis y Catecumenado.
- Raquel Pérez Sanjuán, como directora del Secretariado de la Subcomisión Episcopal de Universidades y Cultura.
- Pablo Delclaux de Müller, como director del Secretariado de la Subcomisión Episcopal para el Patrimonio Cultural.
- José María Calderón Castro, como director del Secretariado de la Comisión Episcopal para las Misiones y Cooperación entre las Iglesias.
- José Gabriel Vera Beorlegui, como director del Secretariado de la Comisión Episcopal para las Comunicaciones Sociales.
- Fernando Fuentes Alcántara, como director del Secretariado de la Comisión Episcopal para la Pastoral Social y la Promoción Humana.
- Juan Carlos Mateos González, como director del Secretariado de la Comisión Episcopal para el Clero y los Seminarios.
- Sergio Requena Hurtado, como director del Secretariado de la Subcomisión Episcopal para los Seminarios.
- Luis Manuel Romero Sánchez, como director del Secretariado de la Comisión Episcopal para los Laicos, la Familia y la Vida.
- Raúl Tinajero Ramírez, como director del Secretariado de la Subcomisión Episcopal para la Juventud e Infancia.
- Nombramientos de nuevos directores de Secretariados de Comisiones y Subcomisiones Episcopales:

- Raquel Pérez Sanjuán, IT, directora del Secretariado de la Comisión Episcopal para la Educación y Cultura.
- Ramón Navarro Gómez, director del Secretariado de la Comisión Episcopal para la Liturgia.
- Hna. María José Tuñón Calvo, ACI, directora del Secretariado de la Comisión Episcopal para la Vida Consagrada.
- María Francisca Sánchez Vara, directora del Secretariado de la Subcomisión Episcopal para las Migraciones y Movilidad Humana.
- Vicente Martín Muñoz, sacerdote de la archidiócesis de Mérida Badajoz, director del Secretariado de la Subcomisión Episcopal para la Acción Caritativa y Social.
- Miguel Garrigós Domínguez, sacerdote de la archidiócesis de Toledo, director del Secretariado de la Subcomisión Episcopal para la Familia y la Defensa de la Vida.

Otros nombramientos:

- Mons. Fidel Herráez Vegas, arzobispo de Burgos, Consiliario de la Asociación Católica de Propagandistas.
- P. Santiago Domínguez Fernández, SDB, Asesor Religioso de «DIDANIA - Federación de Entidades Cristianas de Tiempo Libre».
- Jesús Manuel Herreros Recio, sacerdote de la diócesis de Palencia, como Consiliario General del Movimiento de Acción Católica «Juventud Estudiante Católica».

Santa Sede



- Carta del Santo Padre Francisco a todos los fieles para el mes de mayo de 2020

Carta del Santo Padre Francisco a todos los fieles para el mes de mayo de 2020

Queridos hermanos y hermanas:

Se aproxima el mes de mayo, en el que el pueblo de Dios manifiesta con particular intensidad su amor y devoción a la Virgen María. En este mes, es tradición rezar el Rosario en casa, con la familia. Las restricciones de la pandemia nos han «obligado» a valorizar esta dimensión doméstica, también desde un punto de vista espiritual.

Por eso, he pensado proponerles a todos que redescubramos la belleza de rezar el Rosario en casa durante el mes de mayo. Ustedes pueden elegir, según la situación, rezarlo juntos o de manera personal, apreciando lo bueno de ambas posibilidades. Pero, en cualquier caso, hay un secreto para hacerlo: la sencillez; y es fácil encontrar, incluso en internet, buenos esquemas de oración para seguir.

Además, les ofrezco dos textos de oraciones a la Virgen que pueden recitar al final del Rosario, y que yo mismo diré durante el mes de mayo, unido espiritualmente a ustedes. Los adjunto a esta carta para que estén a disposición de todos.

Queridos hermanos y hermanas: Contemplar juntos el rostro de Cristo con el corazón de María, nuestra Madre, nos unirá todavía más como familia espiritual y nos ayudará a superar esta prueba. Rezaré por ustedes, especialmente por los que más sufren, y ustedes, por favor, recen por mí. Les agradezco y los bendigo de corazón.

Francisco

Oración a María

Oh María,
tú resplandesces siempre en nuestro camino
como un signo de salvación y esperanza.

A ti nos encomendamos, Salud de los enfermos,
que al pie de la cruz fuiste asociada al dolor de Jesús,
manteniendo firme tu fe.

Tú, Salvación del pueblo romano,
sabes lo que necesitamos
y estamos seguros de que lo concederás
para que, como en Caná de Galilea,
vuelvan la alegría y la fiesta
después de esta prueba.

Ayúdanos, Madre del Divino Amor,
a conformarnos a la voluntad del Padre
y hacer lo que Jesús nos dirá,

Él que tomó nuestro sufrimiento sobre sí mismo
y se cargó de nuestros dolores
para guiarnos a través de la cruz,
a la alegría de la resurrección. Amén.

Bajo tu amparo nos acogemos, Santa Madre de Dios,
no desprecies nuestras súplicas en las necesidades,
antes bien líbranos de todo peligro, oh Virgen gloriosa y bendita.

Oración a María

«Bajo tu amparo nos acogemos, Santa Madre de Dios».

En la dramática situación actual, llena de sufrimientos y angustias que oprimen al mundo entero, acudimos a ti, Madre de Dios y Madre nuestra, y buscamos refugio bajo tu protección.

Oh Virgen María, vuelve a nosotros tus ojos misericordiosos en esta pandemia de coronavirus, y consuela a los que se encuentran confundidos y lloran por la pérdida de sus seres queridos, a veces sepultados de un modo que hiere el alma. Sostiene a aquellos que están angustiados porque, para evitar el contagio, no pueden estar cerca de las personas enfermas. Infunde confianza a quienes viven en el temor de un futuro incierto y de las consecuencias en la economía y en el trabajo.

Madre de Dios y Madre nuestra, implora al Padre de misericordia que esta dura prueba termine y que volvamos a encontrar un horizonte de esperanza y de paz. Como en Caná, intercede ante tu Divino Hijo, pidiéndole que consuele a las familias de los enfermos y de las víctimas, y que abra sus corazones a la esperanza.

Protege a los médicos, a los enfermeros, al personal sanitario, a los voluntarios que en este periodo de emergencia combaten en primera línea y arriesgan sus vidas para salvar otras vidas. Acompaña su heroico esfuerzo y concédeles fuerza, bondad y salud.

Permanece junto a quienes asisten, noche y día, a los enfermos, y a los sacerdotes que, con solicitud pastoral y compromiso evangélico, tratan de ayudar y sostener a todos.

Virgen Santa, ilumina las mentes de los hombres y mujeres de ciencia, para que encuentren las soluciones adecuadas y se venza este virus.

Asiste a los líderes de las naciones, para que actúen con sabiduría, diligencia y generosidad, socorriendo a los que carecen de lo necesario para vivir, planificando soluciones sociales y económicas de largo alcance y con un espíritu de solidaridad. Santa María, toca las conciencias para que las grandes sumas de dinero utilizadas en la incrementación y en el perfeccionamiento de armamentos sean destinadas a promover estudios adecuados para la prevención de futuras catástrofes similares.

Madre amantísima, acrecienta en el mundo el sentido de pertenencia a una única y gran familia, tomando conciencia del vínculo

que nos une a todos, para que, con un espíritu fraterno y solidario, salgamos en ayuda de las numerosas formas de pobreza y situaciones de miseria. Anima la firmeza en la fe, la perseverancia en el servicio y la constancia en la oración.

Oh María, Consuelo de los afligidos, abraza a todos tus hijos atribulados, haz que Dios nos libere con su mano poderosa de esta terrible epidemia y que la vida pueda reanudar su curso normal con serenidad.

Nos encomendamos a Ti, que brillas en nuestro camino como signo de salvación y de esperanza. ¡Oh clementísima, oh piadosa, oh dulce Virgen María! Amén.

Francisco

